

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

ECOS Y REFLEJOS: SOBRE LA MIRADA Y LA VOZ EN LA PSICOSIS.

**ESTUDIO PSICOANALÍTICO REALIZADO EN EL PERIODO AGOSTO – MAYO
DE 2020 - 2021.**

ESTEBAN ANDRÉS JIJÓN PUGA

DIRECTORA: YOLANDA VEGA

QUITO, 2021

A mis padres, Cecilia, Bruno y Víctor por la educación y su sabiduría,

A Alondra, David, Gabriela, Pablo y Roxana por la compañía y lealtad inquebrantable,

Y a Analía, Emiliano, Juan M, Matheo y Migue por el inmenso cariño de la hermandad.

Tabla de contenidos

<i>Resumen</i>	<i>IV</i>
<i>Introducción</i>	<i>V</i>
1. La mirada y la voz	1
1.1 Sobre la pulsión.....	1
1.2 El objeto a.	6
1.3 La mirada como objeto a.	8
1.4 La voz como objeto a.....	15
2. La psicosis	20
2.1 Sobre el Edipo.....	20
2.1.1 Forclusión: sobre el rechazo del símbolo y el goce.	24
2.2 Sobre la constitución especular.....	30
2.2.1 El estadio del espejo en la psicosis.	41
3. El goce de la re-escritura	43
3.1 Sobre el mecanismo de la psicosis en Freud.....	43
3.2 El objeto a: el delirio y la alucinación.	46
3.3 El sinthome: entre el nudo y la re-escritura como metáfora del sujeto.....	53
<i>Conclusiones</i>	<i>60</i>
<i>Recomendaciones</i>	<i>63</i>
<i>Bibliografía</i>	<i>64</i>

Resumen

El llamado y la contemplación comprenden en todo punto una escena entre un sujeto y un objeto que sonoriza un camino de sentido; entre un sujeto y el reflejo de un otro que retorna una verdad. La mirada y la voz acuden al campo del lenguaje, a la relación estructural del sujeto y su deseo para otorgar un esbozo de luz sobre las relaciones que nacen en la particularidad de la psicosis, en los embudos temporales que comportan los fenómenos elementales, los encuentros con el desgarre de lo simbólico, con un choque del sujeto para con su posicionamiento en el mundo. El presente trabajo de titulación ante sí surge del análisis de la relación entre lo escópico e invocante en la psicosis en el seno del psicoanálisis.

Palabras clave: mirada, voz, psicosis, psicoanálisis, Lacan.

The call and contemplation comprise at every point a scene between a subject and an object that sounds a path of meaning; between a subject and the reflection of another that returns a truth. The gaze and the voice turn to the field of language, to the structural relationship of the subject and his desire to provide an outline of light on the relationships that are born in the particularity of psychosis, in the temporary funnels that involve elemental phenomena, encounters with the tear of the symbolic, with a clash of the subject with its positioning in the world. The present degree work before yourself arises from the analysis of the relationship between the scopic and the invoking in psychosis within psychoanalysis.

Keywords: gaze, voice, psychosis, psychoanalysis, Lacan.

Introducción

Sobre la mirada y la voz se han regado a lo largo de la historia ininterrumpidos intentos de búsqueda, - sobre un cierto mimetismo, una sapiencia omnipotente, sobre una palabra que crea y deshace - elaboraciones en todo punto magnas; una experiencia colectiva mudada en textos, discursos y otras modalidades de la palabra, que como en toda búsqueda, designan un encuentro. Uno, que yace siempre díscolo al objeto pretendido.

Previa la aprehensión de la mirada y la voz como nociones psicoanalíticas per se, aquellas podrían entenderse - con la ambigüedad necesaria que implican - como actos en una escenografía; como pequeños gigantes destellos que brotan y chocan con las constelaciones de un sujeto, un otro, y las casi invisibles posibilidades de indiferenciación de estos.

El desglose de la mirada en el plano del entendimiento pretende su naturaleza al campo del asombro, de la contemplación, de la fijeza, y hasta cierto punto de la virtud. Siempre es alguien, por más ficcional que sea, el que mira o el que es mirado, a un alguien que no siempre sabe que en sí esta posada una subjetividad.

Sea cual fuere el objeto de apuntalamiento de la mirada bajo la perspectiva psicoanalítica, el diálogo estriba siempre en un reflejo, una devolución involuntaria del más allá en remisión a una verdad, a un sentido. Es así, como en la mirada se logra gestar una lógica en la cual el sujeto se ve inmerso en el vaivén para con su deseo.

La voz, por otro lado, retiene en sí un intento, un llamado, una evocación, capaz, en cierto punto coartado por la naturaleza misma de la sonoridad y los límites inherentes del lenguaje. Yace como un iracundo intento de ser, de encontrarse con una alocución que designe en sí la respuesta de su llamado. La voz en esta medida porta un sentido a forjar, una supuesta verdad encubierta a develar. Al igual que la mirada, encuentra su lógica en el choque y el vacío de un diálogo, en una búsqueda que se construye en el intento.

Como contextualización, la elaboración entorno a la pulsión escópica y la pulsión invocante por Lacan es mínima en comparación a otros desarrollos teóricos del mismo, y queda lejos decir que la producción por otros autores es en sumo escasa y poco atendida. Lacan parte de la relectura de Freud y añade la mirada y la voz al listado de pulsiones parciales freudianos. Es

en consonancia con sus aportes sobre la psicosis, el estadio del espejo y los tres registros – real, simbólico e imaginario – como la investigación se sostiene.

La mirada y la voz ubican, en este sentido, interrogantes en el campo de la reflexión sobre la psicosis. La conjugación entre tales conceptos permite dilucidar el diálogo entre el momento lógico de constitución y el devenir de la estructura, como en sus vicisitudes y manifestaciones posteriores. Dicho así, la investigación tratará sobre el análisis de la lógica de la mirada y la voz, entendidas en su función como *objeto a* y su vinculación con la psicosis.

Bajo tal medida se planteará como objeto de investigación a la pulsión escópica, pulsión invocante y psicosis. La pregunta a interrogación y análisis versa en: ¿cuál es la vinculación entre los objetos parciales, mirada y voz, en la psicosis? Por otro lado es clave indicar que no se profundizará, que yacerán fuera del estudio los distintos tipos de derivación nosológica de la psicosis debido a su extensión, sin embargo el análisis esbozará los componentes clave de la estructura y tomará en cuenta la individualidad de la organización pulsional del sujeto.

El primer capítulo propone profundizar la conceptualización de la propuesta lacaniana sobre la pulsión escópica y la pulsión invocante. Refiere a un desglose y análisis sobre la pulsión, los objetos parciales y su incidencia en la constitución psíquica del sujeto sin especificación mayor en la psicosis, sino en su funcionalidad en el campo de la estructura.

En segunda instancia se pretende estudiar y analizar la psicosis como estructura desde la perspectiva lacaniana. Resulta clave el abordaje del estadio del espejo, el momento constitutivo en vinculación a las vicisitudes de la estructura (Lacan, 1966/2018). Bajo tal premisa, es imprescindible el análisis y conceptualización sobre la inscripción y sus caminos en el registro de lo simbólico. Lo cual a su vez implica el abordaje del Complejo de Edipo, la forclusión y la constitución especular como ejes de análisis.

El tercer capítulo tratará sobre la vinculación entre la mirada, la voz y la psicosis. Tal premisa implica el abordaje de aquellos como objetos des-encadenados y fijos en el movimiento de la estructura. Aquello implica el análisis del retorno de lo no-inscrito mediante la modalidad del delirio y la alucinación. A su vez se planteará el anudamiento del *sinthome* como registro de sostén y el de-venir del sujeto en la re-escritura de sí.

1. La mirada y la voz.

1.1 Sobre la pulsión.

Según Barthes (1989) los primeros grafismos e incisiones ritmadas nacen a finales del paleolítico, para más tarde converger, en el año 3.500 a.C, en la escritura lineal en Mesopotamia y derivar a la elaboración fenicia del alfabeto. La pulsión – en símil a las primeras pinturas rupestres y hendiduras en las cavernas - surge de la interdicción de un todo-gozoso, de un garabato, cuyos límites fueron marcados por una Ley y cuyo resultado diverge en las hendiduras y combinaciones de la letra. Como el alfabeto en acto, la pulsión entreteje significantes, que en su configuración pretende otorgar una (Un)ificación de sentido, siempre díscola, a ese Todo perdido.

La doctrina de las pulsiones, al igual que *Introducción al narcisismo*, surge de un parto difícil y lagunoso. Strachey nos comenta la nubosidad del concepto y su inserción tardía en la obra freudiana (Freud, 1940/1986). Las pulsiones, desplegadas en los primeros textos del psicoanálisis se presentan escritas bajo diferentes máscaras; en un mencionado *Proyecto para psicología* en cuyo pasaje versa sobre los *estímulos endógenos* y su descarga: “proviene de células del cuerpo y dan por resultado las grandes necesidades: hambre, respiración, sexualidad” (Freud, 1950(1895)/1986), como sobre la *excitación somática* o el *grupo sexual psíquico*, encontrado en cierto manuscrito sobre la melancolía dirigido a Fließ (Freud & Fließ, 1887-1904/1986).

Es en 1905, en *Tres ensayos de teoría sexual* donde la pulsión (*Trieb*) empieza a mencionarse más delimitadamente. No es sino en *Trabajos sobre metapsicología* (1915/2013) donde Freud pretende organizar el concepto y su lógica, para así posteriormente elucidarlos bajo la segunda tópica con textos como *Más allá del principio del placer* (1920/2015), *El yo y el Ello* (1923/2015), *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933/2016) y en *Esquema del psicoanálisis* (1940/1986); a partir de aquel último, propone la consolidación de dos pulsiones básicas que rigen el aparato psíquico: *Eros y pulsión de muerte*; la primera, donde yace la pulsión de conservación, amor yoico y amor de objeto, y cuya energía disponible es la *libido*; mientras, la segunda, de más difícil aprehensión y de la cual analogía para libido no

existe, aspira al retorno a un *estado anterior*, a la disolución del sujeto a lo inorgánico. Eros en busca de la unión (*Bindung*) y pulsión de muerte a su disolución (Freud, 1940/1986).

Freud en *Pulsión y destinos de pulsión* define al mencionado concepto como: “un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante (*Repräsentant*) psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma” (Freud, 1915/1984, pág. 117). La pulsión en tal medida, yace y marca en el entredicho, en los intersticios que delimitan un campo, cuyo cuerpo es el significante y cuya alma su ficción; lejos de entenderla como un marco limítrofe, la *Trieb* unifica y liga, dos lugares que en su historia han estado divorciados bajo la pluma del escritor.

La pulsión no es homóloga al estímulo, tampoco al *drive* o la *dérive* – quien diría el *instinto*. Aquella nace y muere - en apariencia - en el cuerpo en sí; yace siempre en su condición de punzante, de insistencia perpetua y en la concomitante imposibilidad de huida ante la misma. Referido concepto atañe a cuatro piezas, cuyo rompecabezas en su totalidad la forman, estas son: *esfuerzo* (*Drang*) implica aquella cualidad de fuerza, de quantum que ejerce la pulsión en su recorrido; *meta* (*Ziel*) la satisfacción, siempre invariable y culmen último per se; *objeto* (*Objekt*) aquello por lo cual la pulsión recorre para cancelarse, de cualidad variable; y *fuelle* (*Quelle*) el origen de la *Trieb* en el cuerpo (Freud, 1915/1984).

(A)punta, entonces, a una satisfacción, bajo el manto de una necesidad, en son de una cancelación. La cría humana, en su vehemente recorrido a un sentido unario, yace presa del símbolo, revivifica la caída del paraíso en cada acto y gesticulación, a un O/otro aparente, especular, que no es más que sí mismo. Tras el hilo de Rabinovich (2004): “la demanda del sujeto se estructura, se moldea y se somete a la demanda del Otro” (pág. 57). En tal sentido, el discurso se bifurca, en el más allá del Otro y su figura que la representa; dos órdenes que logran eclipsarse para dar a luz a infinitas combinaciones borgianas y montajes surrealistas de la pulsión.

Tremendo despegue se juega en aquel muro, donde una cascada de lenguaje crea del vacío a un sujeto parlante y cuyo sentido yace en el *rebus* de su movimiento. Estamos locos - diría un Pascal, como maquinas cotorreantes en un imaginario del sentido común. El sujeto es inscrito en lo simbólico, alienado por la palabra en un Otro infinito. El salto moebiano surge en la posesión del significante de aquel vacío; sobre el sacrificio del *Das Ding* se corporifica

el símbolo y en torno a aquel la pulsión nace, ya no para satisfacer una necesidad orgánica netamente, sino para recordar (*Wiederholen*) el más allá de una satisfacción mítica. De aquí en adelante, el sujeto demandará su completud, siempre díscola, en su posición furtiva en el lenguaje.

Lacan en el *Seminario V: Las formaciones del inconsciente* (1957-1958/2010), construye el grafo del deseo en pretensión de ubicar una lógica del sujeto ante aquel. El matema de la pulsión, en el piso superior del grafo formula el posicionamiento de este tras surgir del campo del (A)¹ y la demanda. Al transcurrir al piso superior, en el cual el sujeto se posiciona ante un (A)², el matema formula su condición de resto en el discurso. El matema, en ese sentido, se compone por los paréntesis que determinan al sujeto en lo inconsciente; el sujeto barrado por la falta; el losange, como el borde que articula, fronteriza y marca los diversos caminos para la culminación en la demanda; y aquel elemento último al cual el sujeto se dirige y refleja en el deseo del Otro (Misrahi, *El matema de la pulsión.*, 2010). El matema de la pulsión:

$$(\$ \diamond D)^3$$

Es imprescindible, por otro lado, ubicar conceptualmente el campo por el cual la pulsión ejerce su travesía homérica hacia el deseo, al repositorio de significantes que alberga su decir-todo. Al leerse como un concepto fronterizo entre lo somático y anímico, es posible colocar a la pulsión en el organismo, en el ritmo de la carne, empero, aquello sería obviar la locura que nos invade por el significante (Muñoz, 2018). La *Triebe* no ejerce su demanda desde el real per se, aquella transcurre en el campo de la palabra, en el tesoro de las letras; es en el borde del lenguaje donde su movimiento crea al cuerpo, donde sus investiduras unen los fragmentos de la lengua y donde batalla una guerra ilusoriamente perdida. La pulsión en este sentido no sabe de sí, traza constantemente el mismo camino para llegar a una amnesia que le impide entender su propia naturaleza.

Hablemos, entonces, de su vaivén. La pulsión es una banda y su oscilar da cabida al sujeto; su condición, por ende discursiva, marca un entretejido que logra narrar las peripecias del retorno, su goce y un sentido, siempre particular. La pulsión en perspectiva macro recorre el

¹ Otro no barrado.

² Otro barrado.

³ Matema de la pulsión. Leído como: Sujeto barrado, losange y demanda..

grafo: parte del *deseo*, el *fantasma* y posteriormente al *síntoma* para llegar al *significante de la falta* (Muñoz, 2018). En el *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964/2010), Lacan grafica el recorrido de la pulsión:

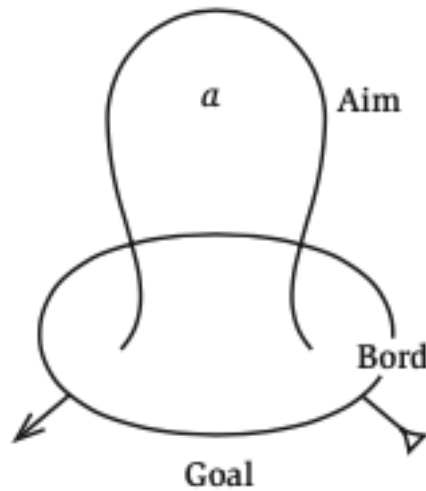


Ilustración 1: El recorrido de la pulsión (Lacan, 1964/2010, pág. 185)

La pulsión, en el campo del Otro, se moviliza a la par que forma una curva ascendente y descendente por el *esfuerzo* constante. En su camino surca una superficie, un borde, la zona erógena en el cuerpo, la *fuerza* de Freud. Su performance hacia la *meta* se divide en el *Aim*, término que al contrario de estribar en el culmen, evoca el transcurso que este requiere; y en *Goal*, aquello que gravita como triunfo al llegar a la *meta* (Lacan, 1964). La pulsión en su transcurso recorta y refleja el vacío mismo que la creó. Su meta, una imposibilidad lógica apunta al representante que se erige sobre aquello que en un momento gozó. *El objeto a*, es delegado el lugar de un fantasma, para ahora constantemente canalizar los ímpetus de la pulsión para consumirse a sí misma; en aquel hueco, donde un momento estuvo la Cosa (Lacan, 1964); como diría Rabinovich sobre el objeto (2004): “la Cosa a-sexual se re-presenta como objeto sexual (...) circunscribe una faceta de la pulsión, la cara sexual y engañosa de la pulsión de muerte” (pág. 101). El eterno retorno se juega en la *nachträglichkeit* con los actores que como diques forman a la pulsión.

Bajo su condición de falta, el sujeto se ubica en el contorneo del vacío, en la nada que inherentemente lo representa. Para Muñoz (2018): “se localiza en un agujero corporal en el cual se opera la dialéctica del objeto como pura falta y el objeto de la fijación pulsional” (pág. 21). Pura falta y fijación pulsional delimitan los campos, entre aquella zona erógena y el cuerpo

negativo que representan en lo inconsciente. Lacan grafica el lugar de la pulsión y el sujeto – como si de un eco infinito del Otro tratase:

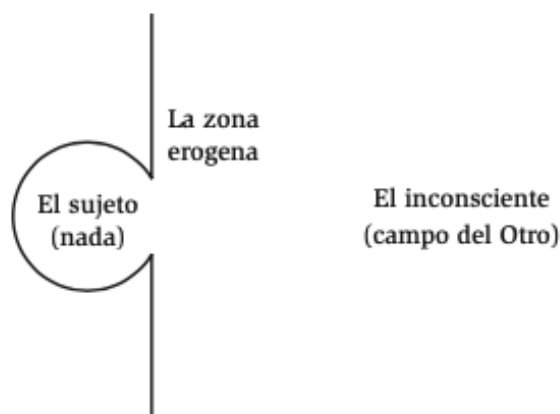


Ilustración 2: Sobre el sujeto, pulsión y cuerpo (Lacan, 1964/2010, pág. 194).

La topografía pulsional genera un mapa alrededor de las zonas erógenas y adscribe ciertos lugares corporales para el apuntalamiento del goce. Aquellos subrogados ejercen la función de imaginarizar el vacío, el anverso de la Cosa cuyo representante no existe en el orden del lenguaje, sino es en aquellos objetos parciales donde la pulsión busca copular (Rabinovich, 2004).

La doctrina del desarrollo libidinal versa en *Tres ensayos* de (1905/2015) sobre una organización pregenital donde la lógica pulsional yace arrítmica a un significativo rector; cada una se satisface – parcialmente claro está, bajo su propia ley (Moreno, 2008). Será en la culminación en el estadio genital, donde la primacía del falo se ejerza, para que logren unificarse – en Freud, para Lacan aquella es siempre imaginaria - y seguir una única función: la reproductiva (Freud, 1905/2015).

Posteriormente en *Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal* (1917), Freud establece un listado de objetos, que en su lógica formulan la conocida *ecuación simbólica*: caca, pene e hijo. Dicha analogía, implica la posesión del símbolo sobre la falta, que en este caso gira entorno al cuerpo (Freud, 1917). El listado posterior ante aquellos objetos pulsionales que en el cuerpo afloran se refleja en dos pulsiones parciales propuestas por Freud: oral y anal; y en Lacan con su añadidura de las pulsiones escópica e invocante – la mirada y la voz (Rabinovich, 2004).

1.2 El objeto a.

La doctrina lacaniana sobre el *objeto a* parece recorrer los mismos caminos y escollos conceptuales que la pulsión. Le Gaufey logra distinguir diferentes momentos de aquella en la obra de Lacan. La letra *a* aparecía esparcida en diferentes lugares y funciones. Sus rastros afloran de la noción del *equivoco a minúscula/otro con minúscula*⁴, ambas terminologías referidas al semejante, al otro especular. Empero, elaboración tal resonaría posteriormente con la problemática y delimitación del sujeto en psicoanálisis, específicamente del yo (*moi*) y yo (*Je*) (Le Gaufey, 2011).

Bajo el significado de la fórmula: *Wo es war, soll ich werden*, Lacan logra dar cabida al sujeto barrado y topologizar los registros acorde a las posiciones subjetivas (Le Gaufey, 2011). Mencionado giro postula uno de los pilares de la epistemología del psicoanálisis al diferenciar el objeto de la filosofía y de la psicología, el clásico *Gegenstand* por el objeto perdido y la falta intrínseca del sujeto per se; se genera un campo, donde aquella separación entre sujeto – objeto queda obsoleta, para dar así lugar a una lógica moebiana que los ata (Pasternac, 1999).

Desde la perspectiva de Le Gaufey, la elaboración lacaniana toma un vuelco sobre el exilio de la oposición S – O, para en su unión, aparente, ubicar el personaje antagónico en la mira del sujeto ante el Otro. El *falo*, u objeto metonímico, entra en juego en el instante que el infante se confronta con el deseo de su madre; la Significación toma partida (Lacan, 1957-1958/2010). Como dirá Pasternac (1999): “el falo es instituido como un punto cero, una base exterior al lenguaje, algo que no pertenece al conjunto sino que lo hace posible” (pág. 2); así, la imposibilidad de asir el significante que hace consistir al lenguaje, surge como una antinomia necesaria para movilizar a un sujeto que en otra historia estaría muerto si no fuera por su desencuentro con el objeto.

En un recorrido por el *Seminario VI: El deseo y su interpretación* (1958-1959/2015), la delimitación de un objeto cada vez surge más bajo la luz de un re-corte. El lugar topológico que ubica al sujeto ante la falta implica una alteridad que simbolice aquello que él no tiene ni es, su privación toda; no es el objeto de la satisfacción de la necesidad, al contrario, es la imagen, el *pathos* que le es reflejado por el piso que no lo sostiene (Lacan, 1958-1959/2015).

⁴ Petit a/petit autre.

Es por ende, que en su posición opuesta al sujeto, marque la escritura de un guion, específicamente para un fantasma, un actor que nada sabe de su escena.

El *objeto a* posteriormente experimenta una relectura bajo la luz del *Estadio del espejo* (1949/2018) y la dialéctica constitutiva que aquella implica con el Otro. En (1962 - 1963/2020) Lacan dice: “El investimento de la imagen especular es un tiempo fundamental de la relación imaginaria (...) en la medida en que tiene un límite. No todo el investimento libidinal pasa por la imagen especular. Hay un resto” (pág. 49). Mencionado resto, pocas líneas después nominado como falo, retoma su nombre bajo *a*, perteneciente a la algebra lacaniana que hará soporte de la función del deseo en añadidura con *i(a)* (Lacan, 1962 - 1963/2020). Tanto la imagen virtual de una real en consonancia con el *a* del fantasma conjugan una dialéctica infinita con los objetos semblantes para pescar al sujeto ante una carnada que es halada desde un más allá; una significación imposible de ejercer, sin embargo necesaria.

En el mencionado recorrido, la noción de *causa* de deseo no es abordada estrictamente salvo por nombres cercanos como *objeto de deseo* hasta avanzado el *seminario X*. Dicha ambigüedad conceptual lleva a Lacan a recortar el término para reformularlo ya no en su cualidad adjetiva sino sustantiva; en este sentido el objeto per se no logra ser la causa del deseo ni tampoco el protagonista – capaz solo en su peripecia, es sino en su cualidad de soporte de una causa que yace detrás; el objeto, así, logra entrar en la lógica variable y semblante, un medio y canal (Le Gaufey, 2011). La angustia en este punto, logra localizarse ahí donde el objeto se desvanece; en su función: $f(x)$ torna $f(a)$, lugar de la variable donde se ubica el objeto causa de deseo (Machado, 2008).

Posteriormente el referido objeto de nuestro estudio será nominado bajo el nombre de *esquirlas* en tanto, como metáfora – cuya naturaleza las palabras comparten en su apuntalamiento al rasgo unario – ocupe el lugar de una sinécdoque. Su condición parcial enlazada al todo, remitirá como anzuelo fragmentado a un más allá imaginario, a la unificación parcial al cuerpo, al Otro. El sujeto en esta medida, se recubre especularmente de fragmentos que lo incitan a unificarse, objetos parciales que se ejercen como la demanda toda (Le Gaufey, 2011).

1.3 La mirada como objeto a.

La mirada es siempre una experiencia de contingencia, simbólica que evoca en último punto la falta constitutiva de la angustia de castración (Lacan, 1964/2010); remite así al recorte y experiencia de la separación y su incidencia traumática en el sujeto.

La mirada en tanto al verla (se) elude del ojo que lo mira. El sujeto y su evanescencia no es sino la experiencia misma de la posibilidad de verse en aquel momento donde no se es. Mirar, en su condición infinitiva, interpela directamente a la imposibilidad de *ser* en su hecho verbal. Los verbos en esta medida irrumpen violentamente al alienarnos en su condición de significado. La mirada en este sentido – del cual más carece – refleja aquella naturaleza imaginaria, con sustrato simbólico que nos invita a jugar en su intermitencia (Lacan, 1964/2010).

La mirada no existiría si no fuera condición de lenguaje. Si cada letra que lo compone no hubiera surcado su lugar en el espacio donde se ubica. *L a m i r a d a*, y la arbitrariedad de sus espacios, elevaciones, depresiones y retornos, adjudica su existencia a su condición extima de sí misma. Bajo el peso de dicha cuestión, la mirada es un objeto, un desprendimiento que puede o no colocarse en las cadenas de un sujeto. Un resto, que en su dependencia de un rasgo unario lo identifica en un posicionamiento.

Los posicionamientos, en este sentido, evocan la posibilidad del sujeto a tomar lugar en una cadena que puede o no sostenerles. La mirada no dista en ningún momento del hablar, beber, escuchar, y todas aquellas combinaciones posibles que permita el cosmos en materializar nuestras ficciones. En cierta medida todos somos pedazos de carne manipulados por los hilos del lenguaje (Lacan, 1953/2018). Si algo nos enseña una *Biblioteca de Babel* de un tal Borges, es a entender que el lenguaje es un hecho de posiciones y cortes, el resto es ficción y jugueteo.

Mirar, es entonces un hecho de angustia; formulada, forjada y adjudicada un piso en la estantería. En la estantería de un loco – para ya no decir del lenguaje, intentemos definirlo: en

una sinrazón que cobra sentido cuando haya alguien que la mire. Lenguaje, angustia y mirada, - hasta estantería si se quiere - son todas hijas de la misma madre: la locura⁵.

Incursionemos por ende, en su campo. Para materializar dicho hecho, Lacan en el *Seminario X: La angustia*. Aborda el hecho del corte:

Esa parte corporal de nosotros mismo es, esencialmente y por su función, parcial. Conviene recordar que es cuerpo, y que nosotros somos objetales, lo cual significa que sólo somos objetos del deseo en cuanto cuerpos (...) el deseo sigue siendo siempre en último término deseo del cuerpo, deseo del cuerpo del Otro, y únicamente desde su cuerpo (Lacan, 1962 - 1963/2020, pág. 233).

Atravesados posteriormente por la falta, y su conexión moebiana con el lenguaje y la castración, el sujeto adviene en la parcialidad de sus fragmentos. Somos objetales y en cada sección vivimos experiencias distintas con Otro al cual demandamos siempre por una significación que no hay - pero que sin embargo se construye en lo imaginario - sin darnos cuenta que desde el mismo campo hablamos.

En páginas posteriores Lacan (1962 - 1963/2020) comenta sobre una necesidad estructural sobre la cual el significante y sus laberintos se sustenta; como condición indispensable es imperativa la presencia ilusoria del objeto en la estructura del fantasma, en un momento ciego en el cual el sujeto camina a una carnada que se evapora al intentar atraparla. La afánesis del sujeto permite el movimiento que estructura el guion del fantasma. Empero, como preludeo al vaivén del sujeto con la infinidad de esquilas que se juega en el vivir, analicemos aquellos objetos mediante los cuales se presenta analógicamente la función del corte.

La pulsión oral en esta medida funciona como metáfora de la lógica de la falta y el punto de angustia en la madre, el objeto y el resto -en este caso el sujeto dividido, como el más allá del corte. Lacan dirige su discurso al análisis de la separación y los campos que se articulan en el diálogo entre el huevo, la placenta, la madre y la mama de las diferentes subespecies del orden mamífero. Para referido autor la referenciación a dicha lógica delimita las funciones de

⁵ Lejos de entender a la locura como símil de psicosis – aun peor bajo nociones y prejuicios peyorativos del vulgo, es preciso entenderla como alusión a la condición simbólica del ser humano, aquella que permite un lazo, un apuntalamiento a lo unario.

la mama y el organismo con el lugar del corte. La mama en tanto objeto, unifica a la madre y a la cría, a su vez que se establece como parcialidad y medio para el más allá. En esta medida se tensa un puente a la *causa*, a la *a* que resta del diálogo entre la madre y el niño (Lacan, 1962 - 1963/2020).

La mencionada relación permite ubicar el punto de angustia, Lacan la define (1962 - 1963/2020): “la distancia, la no coincidencia de esta falta con la función del deseo en acto, estructurado por el fantasma y por la vacilación del sujeto en su relación con el objeto parcial (...), y la angustia es lo único que apunta a la verdad de dicha falta” (pág. 250). En la pulsión oral, el punto de angustia nace en la ausencia de la madre y su concomitante privación de la satisfacción al *infante*. Emparejamiento tal resulta en la distancia del objeto de deseo y el punto de angustia en sí (Lacan, 1962 - 1963/2020). Remitir a la angustia en este punto, resbala del acto de arrojo de letras a un campo que reverbera por definición; el Otro se moviliza iracundamente y se calma en la representación del sujeto por el significante.

Abordemos entonces la mirada. Preciso es, con anterioridad, establecer precondiciones lacanianas bajo las cuales la fenomenología y el más allá de su lógica permite el despliegue de lo escópico. Lacan apunta sus formulaciones al planteamiento aritmético del Uno y el cero; la presencia – ausencia del espacio, el campo sobre, desde y hacia el cual los reflejos del ojo se proyectan. Tal órgano entendido como espejo, refleja una imagen, una sección parcial e imaginaria de tal lugar que en independencia de la presencia de aquel sujeto existe. El espacio, en esta medida surge posteriormente al despliegue del Uno en potencia del órgano que ve; una imagen que surge en tanto corte de aquel (Lacan, 1962 - 1963/2020).

El deseo y su estatuto en el campo visual se encuentran estrechamente vinculados, como ejemplo, en la sugerencia erótica del mimetismo y la aparición de un orden-otro, oculto a la presencia infinita e imaginaria de lo presente. Lacan apuntala su naturaleza bajo la presencia del tercero ojo, aquel *cero* que se presenta como fantasma. Aquello que tanto apela a la develación y el mimetismo, apunta – como toda imagen se juega en el ojo – a la apariencia refleja de uno mismo en aquel punto donde el sujeto es invitado a desvanecer (Lacan, 1962 - 1963/2020)

Tal autor sostiene, que el decir del sujeto, o mejor dicho, su posición misma se refleja en aquel lugar donde la mirada se elude. El punto de angustia y el deseo en la pulsión escópica, a

diferencia de la oral, se solapan para hacer eco de un sujeto ciego ante su lugar. Aquel *a*, por ende se muestra en un momento donde lo visible e invisible se confunden parcialmente y localizan un *ceró* donde sin embargo el *objeto a* no desaparece, pero ilumina desde aquel corte del cual surge (Lacan, 1962 - 1963/2020). El *ceró* parece, en este punto, desplegar su condición de ausencia en la materialidad significativa que lo representa. La mirada, parece reflejar similar función, en tanto evoca aquella condición de unidad, bajo un topos evanescente que invita al sujeto a ver su propia imagen recortada; como *objeto a* juega con el sujeto para mostrarle aquella falta.

En este sentido, la mirada es toda una elusión. Para Lacan (1964/2010): “el ojo y la mirada, ésa es para nosotros la esquizia en la cual se manifiesta la pulsión a nivel del campo escópico” (pág. 81). Bajo semejante trecho, es donde se *repite* el *halar* (*Wiederholung*); se re-pide en una acción para hacer surgir un objeto fantasma, un llamado al Otro; en semejante encuentro - ambivalente capaz- el sujeto se bifurca al apuntar a su deseo y al vivir un encuentro con lo real; el *objeto a* se manifiesta a cabalidad. La esquizia por ende surge tanto como un lugar sustantivo y como evento que permite la aprehensión de la distancia que separa al sujeto y al objeto. Lo *tychico* bajo esta fórmula está siempre presente, en tanto disloca al sujeto de su sostén y lo aliena con su cualidad de real.

Apuntemos, así, a otro campo y abordaje de lo escópico. Como dicho anteriormente, Lacan aborda la noción del mimetismo, un acto alegórico que surge de la materialidad signica de los seres vivos. Los ocelos, aquellas manchas peculiares - presentes en diferentes aves, insectos y reptiles - que toman la apariencia de evocar una mirada, un juego magnífico de la forma, un simbólico rudimentario inscrito en un aparente real de la filogénesis, evidencian a cabalidad la lógica de las posiciones y la alteridad. El mimetismo en toda medida es especular. Los ocelos, al igual que los ojos, aparecen siempre de forma doble; y parecen en este punto, tomar la apariencia funcional del ojo en tanto materia refractaria de un Uno en potencia. El espacio parece tomar la forma, ya no en la mancha per se, si no en aquel espacio que se juega entre el engaño de la mariposa y el otro que ve (Lacan, 1962 - 1963/2020).

Lacan sustrae del mencionado coqueteo la función de la *mancha*. Bajo la línea de su pensamiento (1964/2010): “la función de la mancha y de la mirada lo rige secretamente y, a la vez, escapa siempre a la captación de esta forma de la visión que se satisface consigo misma imaginándose como conciencia” (pág. 82). En esta medida la mancha se contrapone a la

mirada, en tanto ubica al sujeto en un reflejo que lo posiciona como visto, visible, no como materialidad sino como espejismo de sí mismo. En otro campo, la mirada parece ejecutar similar acción, empero, a diferencia de mostrarlo imaginariamente, muestra el corte de aquella división que lo taja; la mirada, específicamente en la esquizia, es donde el sujeto se refleja a la par que surge como resto y falta.

Posteriormente Lacan hará una relectura a *Lo visible y lo invisible* de Maurice Merleau-Ponty (1964/2010); fuera del descarte fenomenológico de dicha acción, aborda la cuestión de lo *omnivoyeur*. Bajo su lente, el espectáculo del mundo se bifurca en el campo del sueño y la vigilia. La mirada, en el mundo onírico, a diferencia del restante, cumple su función de exhibición, de *muestra*; al contrario, la vigilia parece estar encadenada con el orden de la elusión. El sentimiento de extrañeza surge cuando el *eso muestra* se confunde de orden y ubica al sujeto en una metonimia de su sentido, algo se desencadena (Lacan, 1964/2010).

Mencionada revisión permite el salto a la condición del sujeto barrado, en tanto su esencia sea capturada por aquello que *muestra*. “Cuando Chuang-tzú está despierto, puede preguntarse si no es la mariposa la que sueña que ella es Chuang-tzú” (Lacan, 1964/2010, pág. 84). En tanto en su sueño, algo de él se de-vele como tal, y aquello se extrapole con su ser todo; en vigilia, al contrario, su condición no le permite ser, sino preguntarse que capaz es, pero para Otro (Lacan, 1964/2010).

El *objeto a* en la función escópica aparece y filtra la capacidad de ser y evidencia ser el sostén del deseo del sujeto. Para Lacan (1964/2010):

El que en este caso, por razones de estructura, la caída del sujeto siempre pase desapercibida, por reducirse a cero, especifica el campo escópico, y engendra la satisfacción que le es propia. En la medida en que la mirada, en tanto objeto a, puede llegar a simbolizar la falta central expresada en el fenómeno de la castración, es un objeto a reducido a una función puntiforme, evanescente (pág. 84).

Referida cita posiciona al *a* como aquel objeto que en su representancia de la falta traza un hilo y genera la causa - siempre aparente - originaria de la castración, que convoca al sujeto a errar repetidas e indefinidas veces para canalizar sus pasos en el fantasma que lo refleja. Más

tarde Lacan dirá que es aquella misma, dada su condición evanescente que evoca con más envergadura la castración en sí (Lacan, 1964/2010).

Tal argumento a la par se concatena con la independencia de la mirada al registro real de la visión. El ciego, por ende, mira. El estudio del punto, las líneas, las proyecciones y las múltiples ramificaciones que toma la materialidad se emparejan con la esquízia, con aquella ruptura que unifica en el campo del lenguaje al sujeto, su cuerpo y al Otro. Su condición de objeto es innegable.

La anamorfosis es abordada en el *Seminario XI: la angustia* (1962 - 1963/2020). Aquella es entendida como la convivencia de dos perspectivas distintas en un mismo campo. La pintura, en este caso – como podría aplicarse a otras ramas del arte – ejemplifica la mirada, en especificidad en el cuadro *Los embajadores* de Hans Holbein (Kozameh, 2011).

Mencionada obra representa dos embajadores del siglo VI situados con numerosos símbolos del Renacimiento europeo. En la sección media inferior el autor introdujo una segunda perspectiva que en posición frontal desencuadra con la primera y hegemónica. La anamorfosis en este punto evoca al sujeto a conducir – o ser conducido – a intentar ubicar algo de la razón. En dicho ajetreo, el elemento de sorpresa ataca en un momento donde la mirada aprisiona al sujeto.

Para Albornoz (1997): “la mirada es así lo que se pierde en la visión. La mirada es inaccesible a la imagen. La mirada es aquello que falta en la imagen, es objeto a en la imagen” (pág. 86), lo que nos permite ubicar que en aquella ambigüedad entre lo real y lo simbólico yace el objeto que se desprende de la apariencia imaginaria – ya sea de una pintura, la visión, la geometría – y atenta contra un sujeto.

Dicho ejemplo permite ubicar la noción de *escotoma*: el sujeto al intentar ubicar su deseo en el objeto que lo re-presenta experimenta una ceguera subjetiva provocada por su condición de falta. Aquel lugar que como función puntiforme aflora, arroja al sujeto mediante la mirada al desvanecimiento (Lutereau, 2012). Sin embargo, no es sino en este lugar donde el sujeto goza, de dicho advenimiento, que la mirada en cierto punto interdice. La mirada, así, establece diques por el cual lo real emerge. El goce en dicha medida, a diferencia de la satisfacción freudiana, adjudica su lugar a un más allá del registro placer – displacer.

Tras la letra de Albornoz (1997): “la mirada no es, entonces, el punto de encuentro y correspondencia con el sujeto, sino una mancha que impide la transferencia total de la imagen vista” (pág. 98). La función del escotoma, refleja en la función de la mancha apuntala al sujeto a la imposibilidad de mirar; en toda medida todos estamos ciegos a ese algo que queremos asir, aprehender. La adecuación de la mirada a nuestro deseo es una imposibilidad por antonomasia. El intento ilusoria nos lleva a un vernos-viendo, que lejos de mostrarnos aquello que deseamos, nos refleja un señuelo especular, imaginario, en el cual vemos que somos en un sustrato de falta. La mirada opera constantemente en su condición de *objeto a*, y en el punto de contemplación en el cual pensamos ser, ahí es cuando caemos en una de las más grandes farsas, el de ser completo.

Como dice Kozameh (2011): “la mirada implica un acto, un movimiento con principio y fin. La tensión implicada en el acto de la mirada procuraría según el modelo freudiano una satisfacción, siendo ella misma (...) el objeto de la pulsión (pág. 95). La noción de objeto parece ambigua, sin embargo precisa incluir que el objeto freudiano, en tanto medio por el cual se busca la satisfacción sirve como puente para el arribo imposible al *objeto a*. La meta, en este sentido, se satisfacería en los semblantes y esquivas que la mirada presenta en su dialogo infinito con el sujeto.

Algo se hace visible para el sujeto. En el seminario XI (1964/2010): “como anonadado – anonadado en una forma que (...), es la encarnación ilustrada del menos fi (- phi) de la castración, la cual para nosotros centra toda la organización de los deseos a través del marco de las pulsiones fundamentales” (pág. 95). Interesante es, que en derivación, la mirada se desplace a otros campos y disciplinas, donde la función cuadro delegue una visión sobre una experiencia en el arte; ya no solo en la pintura, sino en toda personificación de la mirada y su experiencia tíquica.

Lacan en su último abordaje central a la mirada, en el acápite *¿qué es un cuadro?*, aborda la lógica geometral ahí done el ojo y la mirada tambalean. La función cuadro apunta al surgir de la mirada en un espacio – siempre catóptrico al tener como premisa la existencia del ojo – donde la mancha invita a su eludir. El espacio en esta medida se construye bajo el peso de los puntos y las proyecciones. Una lógica de los cuerpos invita a pensar en los hilos que se tensan entre los objetos – perdidos, claramente – y aquel espejo por el cual vemos. La aparente realidad

– como Lacan lo ejemplifica con los puntos de fuga en la pintura – logra sostenerse por aquella tensión entre la luz y el espejo. La mirada toma forma en aquellos intersticios de la luz, en un más allá del ojo, en una esquizia naciente. Capaz en la infinitud del acto perceptivo, entre los despliegues de luz es donde la mirada juega, a eludirse, en un intento de manipular al sujeto a verse a sí mismo (Lacan, 1964/2010).

A medida que abordamos el campo escópico se abre camino una operación distinta del sujeto en el nivel de la demanda. Para Lacan (1964/2010): “ya no estamos en el nivel de la demanda, sino del deseo, del deseo del Otro.” (pág. 11). Parece existir una lógica diferente en aquella; las pulsiones parciales -en el sentido menos tautológico posible – adscritas al matema de la pulsión ubican su mira a aquella necesidad vuelta significativa, piden una experiencia retroactiva, la pulsión en este sentido siempre apunta a un más allá que es su retorno. Sin embargo, a diferencia de la pulsión oral, anal y fálica, la mirada parece subrogar la demanda per se (Lacan, 1964/2010).

A pesar que toda pulsión intente ejecutar un recorrido por las diversas combinaciones lógicas que representa el losange - en sus innumerables y variables objetos; que a su vez, aquellos reflejan el brillo que emerge del *objeto a*; y en última instancia aquel remita a una significación Toda, siempre en potencia e imposible – lleva a ubicar a la pulsión escópica a ubicar el deseo del Otro en primera instancia. El objeto parece desvanecerse progresivamente sin perder su forma y peso.

1.4 La voz como objeto a.

La voz es aquello que nunca está, y al recordarla se la encuentra siempre perdida, para nosotros, como para sí misma. En cierta medida es una mitología, una palabra hecha historia, contada, extraviada y ubicada en el más allá de la memoria. La memoria como aquel depósito de uno en el cual los significantes se tejen constantemente en una danza moebiana. La voz surge así de un performance rítmico donde se mezclan infinidad de sonidos, pedazos de letras, contornos, x cosas que re-construyen un sentido.

La voz parece estar adscrita – aparentemente por el sentido común, si algo de aquello existe – siempre a un sujeto, a un ser hablante. Sin darnos cuenta que las coordenadas de la voz se encuentran al igual que la mirada, adscritas a una geometría de los objetos; objetos, no cosas,

cabe recalcar. Bajo tal marco, la voz no emerge solamente de la boca y las reverberaciones vocales de otro espejar; aquellas también surgen en mayor o menor medida, del manto mismo que teje el lenguaje entorno a un vacío (Dolar, 2007).

A su vez surge siempre en tanto vivencia perdida, incrustada al registro del tiempo – lógico quizá – en el cual sus acordes se materializan imaginariamente; aquella implica siempre un retorno, un regresar a oír un resto que se perdió en el abc de la enunciación. Invoca, en esta medida a receptor, unir y consolidar las omisiones del sonido, y el sentido, siempre estrechamente atado a un deseo. Pensar la voz en este camino convoca a ubicar los registros de lo sonoro en segunda instancia, para empezar a buscar el sentido de las cosas en el tejido que en el se crea (Dolar, 2007).

Lacan en mayo del 63 incursiona en la voz como *objeto a* a través del *shofar*. Theodor Reik, psicoanalista formado por Freud, analiza dicho objeto, un cuerno de carnero, utilizado en la religión y cultura hebrea como rememoración simbólica del acervo mítico del judaísmo. Mencionado objeto aparece en diversos momentos de los pasajes bíblicos; su primera referencia: el sonido del shofar resuena en el encuentro entre Moisés y el Señor; la segunda: el ser tocado en diferentes eventos mágico-religiosos, como en la Excomunicación y la rememoración de la Alianza (Lacan, 1962 - 1963/2020). El cuerno de carnero bajo dicha luz funge como puente simbólico entre la vida de los simples mortales hebreos y el más allá de Yahvé. Como un trueno renace en la carne del cuerno para reconducir a las masas al sonido mítico de la creación, al encuentro de lo terrenal y lo divino. Yahvé, el cuerno, su sonido y aquel que lo sopla parecen solaparse en una instancia sacra donde el deseo nace centrífugamente.

Mencionado análisis implica ubicar a la voz como sostén del deseo en tanto *objeto a*. Aquello no puede ser realizado en tanto se lo sustantive bajo la fonética lingüística. El soporte de la voz no puede ser la materialidad en sí, sino su condición de resorte al resto del Otro que implica (Lacan, 1964/2010). El shofar sirve como premisa para sustentar el argumento de la voz en tanto más allá de las articulaciones polarizadas de las estructuras formales del lenguaje. En este sentido, la ruptura entre lenguaje como objeto de la lingüística ruptura con la concepción lacaniana del mismo.

Lingüística y linguistería distan abismalmente en entender un objeto, aparentemente similar; no sorprende, son campos epistemológicos distintos. Empero, la voz, al igual que la

mirada, se sostiene, obviamente, en un real. La psicofisiología y la anatómica que lo comprende clarifican en gran sentido metafórico el sostén de la voz. El oído como estructura orgánica comprende diferentes estadios por el cual el sonido re-suena; su naturaleza hueca, tubular, cohesiona el armataje de la voz como objeto *ex nihilo*; no como atributo, sino como producto de un vacío, una nada que lo sostiene (Lacan, 1964/2010).

Desde la lectura de Lacan (1964/2010):

Si la voz, en el sentido en que nosotros la entendemos, tiene importancia, es porque no resuena en ningún vacío espacial. La más simple inmixión de la voz en lo que se llama lingüísticamente su función fática (...) resuena en un vacío que es el vacío del Otro en cuanto tal, el *ex nihilo* propiamente dicho (Lacan, 1964/2010).

En ese instante nace la voz, fuera de un espacio en sí, en la medida en la que sus ecos resuenan y en el acto devienen palabra; no palabra en el sentido de fonema o morfología, sino recorte de lenguaje, en tanto invocación del Otro, interdicción. Jacques-Alain Miller, en esta medida propone a la pulsión invocante como *objeto áfono*; como un encuentro libidinal que cubre un vacío por otro - las metáforas y materialidades parecen perder su sentido. La voz en esta medida se hace oír – gozosamente – en los intersticios de las palabras, en las escansiones que usualmente cubren los enunciados, justo, ahí siempre, donde el sentido se suspende. El sentido parece tomar cada vez más una morfología vacua e infinita (Vinciguerra, 2009). Dicho así: ¿En qué momento se incrusta la voz a la carne? O ¿en qué momento el vacío se hace oír?.

La vía de articulación de lo real con lo simbólico encaja en la ranura del llanto. En el punto de separación del goce del Otro las lagrimas y gritos del *infante* todavía no están encajadas en el orden del lenguaje – a pesar que aquel esté detrás, siempre en potencia -. Es la respuesta del Otro, del prójimo (*Nebenmensch*) que transforma el llanto, la necesidad en demanda. Dicho salto convoca alienantemente a posicionar al sujeto en un estatuto y registro diferente; la voz en este sentido es incorporada, bajo la luz que gira en torno a la demanda, a la obediencia y la convicción. Las semillas del superyó se gestan (Vinciguerra, 2009).

Para López (2008) el encuentro del Otro con el vacío que cubre, incita a constituir un pacto entre el sujeto y una posterior identificación ideal. A partir de su lectura de Bernard Nominé la relación entre superyó y la voz se encuentran en la incapacidad del primero en soportar la

separación de lo invocante como resto; a partir de allí direccionará incesantemente a un significante ideal, perdido.

Mencionado trato se refleja en la religión judía (López, 2008): “la voz del shofar que señalará el encuentro entre Dios y Moisés, voz que aprehendida en las tablas constituirá el pacto de la palabra y la palabra del pacto que trae aparejada la fundación de la Ley (pág. 426). En dicho sentido, en tanto la voz se desprenda y ejerza su función de *objeto a*, el sujeto es llevado violentamente a un pacto bajo el cual se lo permita ser bajo las leyes del lenguaje y las manifestaciones discursivas que aquella tiene en el orden del deseo.

El *objeto a* logra evocar un sentido mítico, una separación imperativa. En una primera instancia de indiferenciación, el sujeto es ex-traído por el recorte a un posicionamiento segundo en el cual se sostiene bajo la causa de su deseo. La voz del Otro tiene – en cierta medida – que ser acallada. Es en el vacío de aquel por el cual el sujeto de goce transita al sujeto de la castración en la que puede de-venir representado en la cadena significante; el *a*, por ende viene a sostener, suplantar la posición del sujeto en el todo gozoso. La operatividad de la voz en tanto resto permite ubicar la posibilidad de la respuesta, en tanto puede incorporar en su decir algo acorde al deseo; empero, para que la voz *diga*, como el sueño *muestra*, es necesario que sea aprehendida, asimilada como resto (Vinciguerra, 2009).

A diferencia de la mirada, que algo de su presencia puede caber en el hacerse ver y el verse ver, cuyo direccionamiento convoca a la demanda del Otro, la voz apela en sentido contrario a la recepción en eco de su propia demanda de un decir que proviene de dicho campo. Para Lacan, la voz no es un objeto cualquiera – como si hubiera alguno – dado que ejecuta la función de transmitir el decir del Otro; el hacerse entender y el querer entender aquello que se muestra en el manifiesto de un decir. En esta medida, es uno de los objetos que localiza más su función en el lado del decir que el de demandar (Vinciguerra, 2009).

El decir en esta medida incita a un posicionamiento, sea un vacile entre un significante u otro, invoca al sujeto a tomar lugar para ser representado. En esta medida el objeto invocante logra drásticamente ubicar el lugar de enunciación del sujeto en tanto muestre el origen de su palabra. Ante tal argumento la voz logra ser ubicada como el vehículo clave del sujeto para devenir como tal. Para Figueroa (2008): “entre todas las renunciaciones que la cultura impone al sujeto (...) esta es la única indispensable para que pueda adquirir el sello, la marca que

caracteriza a los humanos: somos seres hablantes” (pág. 77). El estatuto de la voz ocupa un lugar privilegiado en tanto ubica el decir en el orden del sujeto.

Tal posicionamiento incita al sujeto a movilizarse ante una palabra que lo diga todo, a una respuesta a su demanda. Sin embargo no todos los actos implican la materialidad de los sonidos para decir. El beso, en este punto, recubre como metáfora la unión de dos vacíos aparentes que en el acto en sí gritan a mares una demanda que se intenta satisfacer en el choque de los cuerpos; es, así, una repetición, como todo acto humano, una invocación. En la misma línea el arte toma las riendas, con un tal Edward Munch, para poner sobre la mesa la voz del silencio que se tejen en las redes de su lienzo.

El *grito*, pintura del 1893, estriba en ser un cuadro donde un sujeto aparece con la boca abierta y las manos en el rostro con un gesto que evoca un encuentro tíquico con el espectador. La voz en dicho cuadro evidencia su condición manifiesta en tanto su sonoridad nace en el vacío entre la obra, el artista y el espectador como personajes. La voz apela en este sentido a un decir que no podría ser aprehendido si un recorte no hubiera sucedido. Aquel sujeto pintado genera una eco-grafía del encuentro con la obra de arte, con la repetición de una angustia, como si la voz ocupara nuestra cavidad toda para aflorar en el vacío que se enlaza a la angustia mientras la mirada se posa sobre ella (Araceli, 2015).

2. La psicosis.

2.1 Sobre el Edipo

En la lengua de los *Ojibwa* yace una palabra generalmente gesticulada como *ototeman*, que en su descomposición *ote* logra designar la posición y pertenencia de un sujeto ante otro, verbigracia: “*Makwa nindotem*” (el oso es mi clan) y “*pindikem nindotem*” (entra, hermano de clan) (Lévi-strauss, 1962). En definitiva, el *tótem* es “el antepasado de la estirpe, pero además su espíritu guardián y auxiliador que le envía oráculos; aun cuando sea peligroso, conoce a sus hijos y es benévolo con ellos” (Freud, 1913/2015, pág. 40). Por otro lado, el *tabú*, vocablo de origen polinesio, polisémico en toda medida, evoca su contenido a la noción de lo sacro y lo prohibido; aquel, a diferencia de las restricciones morales o religiosas, erige su poder bajo la infundamentación que en sí se gesta. El tabú es aquella interdicción que en su cometimiento provoca el *horror sagrado*, en el fondo ominoso, que desencadena el orden y la estructura (Freud, 1913/2015).

Sin embargo, tanto el *tótem* como el *tabú* son manifestaciones discursivas secundarias; es preciso ahondar en su orden primero. Freud en *Tótem y tabú* (1913/2015) bajo la lectura de los textos de Robertson Smith sobre el *banquete totémico*⁶, formula el mito de la horda primitiva: En un remoto origen yace un *padre todo-gozador* y su descendencia subsumida bajo el yugo de su poder; bajo el hartazgo de su imposición, los hermanos se alían, lo matan y lo devoran en un festín, la primera de las fiestas. El complot, el parricidio y la consumación de su carne no hacen más que revivirlo en la *identificación*; en el trasfondo de su hazaña resta sin más el *amor y odio* que en anterioridad los consumía en la contradicción. El arrepentimiento no tarda en llegar, la *conciencia de culpa* los invade. Ante la imposibilidad de posicionar un nuevo tirano erigen de la muerte un *sustituto*: el *tótem*; y con aquel los dos *tabús* fundamentales: el *parricidio* - la prohibición de asesinato y consumo del *tótem*, y la *prohibición del incesto* – la impugnación a establecer relaciones de parentesco exogámicas (Freud, 1913/2015).

⁶ Remite a la propuesta de Robertson Smith - filólogo, físico y estudioso de la Biblia – en cuya obra fechada en 1889 propone un análisis sobre la religión semita. Se lo comprende como una ceremonia pública, un rito sacrificial que entabla el acto de sociabilidad y comunión en el clan. Sus orígenes remontan al inicio de la noción de propiedad privada, que en su actuar en los grupos deriva en la transferencia de un don desde el clan a la divinidad. El sacrificio clánico versa en la ofrenda de un animal sagrado, cuyo estatuto en otros tiempos era inviolable y prohibido de ejecución en la vida de los grupos, sin embargo, legítimo bajo la responsabilidad colectiva del acometimiento. Su consumo reforzaba la relación de parentesco entre los simples mortales y la divinidad misma. En otras palabras, aquel animal sacrificado no era sino el *Tótem* en sí, la representación simbólica del dios primitivo; en su matanza e ingesta los miembros reactualizaban sus lazos con la divinidad a la par que afirmaban su linaje con ella. Para Smith la ceremonia retrata la lógica mágico-religiosa de los grupos, previo el paso a la veneración a divinidades antropomórficas (Freud, *Tótem y tabú*, 1913/2015).

Referido mito no hace sino argumentar la trama del Complejo de Edipo en tanto sustenta el posicionamiento del padre y la interdicción del deseo. El trasfondo de la Ley se gesta en la imposición al goce que permite el recorte del sujeto en el deseo y con aquel, la transición a la posibilidad a la cultura. Es en toda medida una renuncia necesaria para la dialéctica del sujeto. La lectura lacaniana sobre el Complejo de Edipo la contempla como una función normativa; es, así, un eje discursivo que afronta al sujeto a posicionarse ante un recorte que deriva en su posicionamiento ante el superyó, la realidad y el Ideal del Yo. Es imperativo, por ende, profundizar en aquel (Lacan, 1957-1958/2010).

El padre en tanto “un operador simbólico anhistórico” (1989/1998, pág. 11) permite desglosar las coordenadas que se articulan en el Complejo. La presencia/ausencia del padre ha sido y es una problemática constante en las elaboraciones psicoanalíticas y psicológicas como en el vulgo, sobre la constitución psíquica. Lacan apela sobre ciertos *puntos de vista ambientalistas* que en su imaginario argumentan sobre su *carencia* en el complejo familiar y con aquella sus innumerables perturbaciones y alteraciones en la supuesta normalidad. Sin tomar en cuenta que tal como *el padre existe incluso sin estar*, también puede *incluso estar sin existir como padre* (Lacan, 1957-1958/2010). La carencia, ergo, no es física, es funcional.

Su encarnación poco importa en referencia a la función que lo ordena como entidad simbólica. El padre en esta medida es un delegado, como el tótem, de erigir la función del sujeto ante los tabús primarios y a la par en el posicionamiento simbólico del sujeto en el lenguaje. Y en tanto delegado, su operatividad yace en la sustitución. Lacan (1955-1956/2020) en el *Seminario III: Las Psicosis* define a la *metáfora* como una figura literaria que “supone que una significación es el dato que domina y desvía, rige, el uso del significante, de tal manera que todo tipo de conexión preestablecida, diría lexical, queda desanudada” (pág. 313). No es esta, sino la operación lógica imperativa en el Complejo de Edipo. En consecuencia, es preciso delimitar aquello a sustituir.

La primera relación que el infante articula con su *Umwelt* es con su madre. Y es en aquella donde se gesta su dependencia en tanto sujeto real; así, imperativo para su constitución, yace

la transición de su estado de dependencia neta, a la simbolización primordial de su ausencia⁷. El deseo del infante, en tanto deseo del deseo de la madre D(D)⁸ surge como sostén a las posteriores simbolizaciones. En este punto el acceso es todavía virtual, imaginario, sin culminar en un acceso total a lo simbólico. Aquello que luce en movimiento, en el fondo de la forma de la imagen yace como el orden simbólico que los abarca (Lacan, 1957-1958/2010).

Por ende, es preciso que exista una operación que permita el acceso al más allá de la madre. Lacan (1957-1958/2010) en el *Seminario V: las formaciones del inconsciente* define a la metáfora paterna como “un significante que sustituye el primer significante introducido en la simbolización, el significante materno” (pág. 179). Lacan establece la fórmula en la cual aquellos se sustituyen:

$$\frac{\text{Padre}}{\text{Madre}} \cdot \frac{\text{Madre}}{x}$$

Ilustración 3: La metáfora paterna (Lacan, 1957-1958/2010, pág. 179).

La interrogación que aqueja al infante versa en el significado, la demanda materna; y en tanto no haya sustitución, la pregunta permanece y la pugna del infante por eclipsar su ser con aquello que pulula en su demanda, a saber: la x imaginaria, también. Sin embargo, la vía imaginaria no puede ser su culmen, es preciso que se inserte la vía simbólica (Lacan, 1957-1958/2010). La *fórmula de la sustitución significativa* es:

$$\frac{\underline{S}}{\underline{S'}} \cdot \frac{\underline{S'}}{x} \rightarrow S\left(\frac{1}{s}\right)$$

Ilustración 4: La sustitución significativa (Lacan, 1955-1956/2018, pág. 533).

⁷ En *Más allá del principio de placer* Freud propone el análisis del juego, de un niño de un año y medio, a partir del punto de vista de la ganancia de placer. El juego de Ernst consiste en arrojar objetos fuera de sí acompañados de una exclamación “o-o-o-o”, que designa la palabra *Fort* (se fue/fuera); y en hacerlos aparecer seguidos de un *Da* (aquí/acá está). Freud interpreta el juego de presencia-ausencia como el logro cultural del infante a la renuncia a la satisfacción pulsional de la partida materna. El juego la re-escenifica y permite la sustitución de su retorno en la aparición del objeto arrojado y con ello un sucinto monto placer en aquel. A la par que gira el estatuto pasivo del niño en su ausencia y lo torna activo en su performatividad; lo cual deriva en el empoderamiento de la situación, en un “vete, soy yo el que te arroja”. En suma, el *Fort-da* permite la simbolización de una ausencia, una inserción primaria en el registro de lo simbólico (Freud, 1920/2015).

⁸ La fórmula *D(D)*: *deseo de deseo*, yace elaborado en el acápite *Los tres tiempos del Edipo (II)* en (Lacan, Seminario V: Las formaciones del inconsciente., 1957-1958/2010). Es preciso no confundirlo con la notación *D* de *demanda*, también utilizado en distintos momentos de la obra lacaniana.

S , representa el significante paterno que sustituye el S' , el significante materno, el cual en primera instancia estuvo vinculado con la incógnita, con la x que remite al significado. En tanto el S' se tache, la metáfora paterna se ejecuta y con ella el acceso a lo simbólico (Lacan, 1955-1956/2018). En suma instancia, aquello se traduce:

$$\frac{\text{Nombre del Padre}}{\text{Deseo de la Madre}} \quad \frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} \quad \rightarrow \quad \text{Nombre del Padre} \quad \left(\frac{A}{\text{Falo}} \right)$$

Ilustración 5: Metáfora del Nombre-del-Padre (Lacan, 1955-1956/2018, pág. 533)

Su éxito o no deriva en la represión originaria del significante ($S1$) y con aquel el desanudamiento identificatorio del infante al deseo materno. La nueva asociación ahora remite al vínculo *Nombre-del-Padre* ($S2$) con el significante falo (s). En el registro simbólico el sujeto logra designar y vincular su deseo con aquel objeto que evocaba al más allá de la madre; llega a delimitar un lugar en la cadena significativa, la posibilidad misma de representación de sí en el Otro (Dor, 1989/1998).

Mencionado trayecto del sujeto a devenir se esclarece en la propuesta lacaniana de *Los tres tiempos del Edipo*. El *primer tiempo* refiere a la identificación en espejo del infante con su contrapuesto, el objeto de deseo de la madre (D), el falo; *to be or not to be*, será el lema del pequeño Hamlet. El padre toma el lugar de una instancia velada o no manifiesta, en mencionada etapa fálica primitiva (Lacan, 1957-1958/2010).

El *segundo tiempo*, por otro lado, el padre, en tanto soporta la Ley, interviene como privador, no del niño, sino de la madre. Para Lacan (Lacan, 1957-1958/2010) aquel “priva a alguien de lo que a fin de cuentas no tiene, es decir, de algo que sólo tiene existencia porque lo haces surgir en la existencia en cuanto símbolo” (pág. 190). El padre priva como un mensaje sobre otro, una subrogación interdictiva que en punto culmen proclama dos imperativos indispensables: *no te acostarás con tu madre* y *no reintegrarás tu producto* (Lacan, 1957-1958/2010). Y es mediante aquella privación en el plano imaginario como el temor a la castración se ejerce. La presencia del padre impugna el temor a perder el objeto privilegiado: la madre; en deriva, el infante proyecta centrífugamente en el padre sus mociones agresivas, que en suma instancia le son retornadas en lo imaginario (Lacan, 1957-1958/2010).

El segundo tiempo se erige como un tiempo nodal, en tanto a partir de él la dialéctica y la conjugación del sujeto ante el deseo, ergo, su posicionamiento ante el lenguaje, se constituyen. La privación del deseo de la madre se ejerce en tanto aquella legitime y medie la palabra del padre. Por otro lado, en el *tercer tiempo*, el padre opera como aquel que *tiene* el falo, no el que *es*, ahora puede dar o negar. Mencionado estadio no es sino la salida misma del Edipo, en la cual el sujeto logra o no identificarse con el padre, en otras palabras: el *Ideal del Yo*. Aquel, se posiciona en el lugar del niño, en el polo materno la *realidad* y en el padre el *superyó*. El niño en tanto se identifique, podrá tener el falo y hacerlo valer en un futuro; la niña, no tendrá que hacerlo y se dirigirá directamente a quien si lo tiene, el padre (Lacan, 1957-1958/2010).

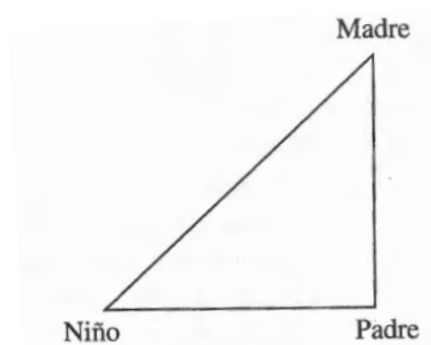


Ilustración 6: Ternario niño, madre, padre (Lacan, 1957-1958/2010, pág. 160)

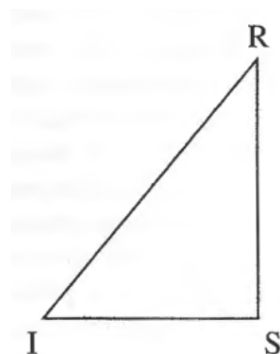


Ilustración 7: Ternario Ideal del Yo, realidad y superyó (Lacan, 1957-1958/2010, pág. 200)

2.1.1 Forclusión: sobre el rechazo del símbolo y el goce.

El Edipo como un tiempo de estructuración subjetiva deriva en dos vertientes manifiestas que en su lógica moebiana posicionan al sujeto: el posicionamiento de aquel en la trama discursiva de las estructuras del parentesco; y por otro lado en su posicionamiento ante el lenguaje. La primera evidente en el movimiento identificatorio y de mociones de deseo en los tres tiempos del Edipo; y la segunda con historicidad previa a aquel, evidente en los albores de las simbolizaciones primarias con la figura materna.

La psicosis - a diferencia de las demás estructuras - permite evidenciar aquella íntima relación del posicionamiento del sujeto en lo simbólico - sobre aquella locura que invade al cuerpo y lo mortifica simbólicamente, a veces, en un discurso o sentido común. A su vez, sus diversas manifestaciones y organizaciones pulsionales posibles, invitan a interrogar sobre la incógnita misma sobre la existencia de pisos en el lenguaje, o en su reverso, operaciones

incidentes en la estructura del sujeto por el lenguaje per se. La imposibilidad lógica de anclar un inicio y fin en la dialéctica moebiana sujeto – lenguaje – y para no participar de la tertulia infinita sobre el huevo o la gallina – es preciso marcar una supuesta primera coordenada. Ergo, un mito lenguajero es indispensable.

La premisa se erige en la a-semántica misma del significante; para la transición al sentido es preciso que en su fondo mismo no lo haya. Se plantea, así, el paso del signo al significante, en un momento en que aquel primero haya perdido su univocidad, derive en una ligazón fonética arbitraria y en acto seguido en su posibilidad misma de significar todo en su polaridad a otro significante. La mencionada perspectiva, el argumento de *Tótem y tabú* sobre la horda primitiva, entendida como un supuesto lógico de la re-articulación del deseo, no es sino secundaria en tanto aquella se soporte bajo la ley del lenguaje; y por ende, implica una renuncia secundaria al goce (Rabinovich, 2020). Sin embargo, aquello no emerge en tanto no opere una palabra que funde a la palabra – en paráfrasis de Pankow -, y aquello, no es, sino el Nombre-del-Padre (Lacan, 1957-1958/2010).

La función del Nombre-del-Padre es imprescindible en tanto permite un recorte del sujeto del goce que en contrapunto erige la posibilidad de la dialéctica significante y todo tipo de organización en lo social. Es preciso, que para el movimiento de la cadena y su producción de significado, exista uno, el significante primordial que escape a su regla misma, que en su interdicción yazca inefable e indialectizable ante otro; en otras palabras, el símbolo puro, sinsentido per se (Rabinovich, 2020). Lacan (1957-1958/2010) ubica al Nombre-del-Padre como aquel “que representa la existencia del lugar de la cadena significante como ley, se coloca (...) encima de ella” (1957-1958/2010, pág. 202); ergo, es el sustento mismo que permite al sujeto movilizarse y representarse en el Otro. La cadena entiende dos pisos; el nivel superior, los *S*, *significantes* y en nivel inferior, los *s*, los *significados* que deambulan y se deslizan en el discurso; y en su cúspide, el *S*, *significante primordial* (Lacan, 1957-1958/2010):

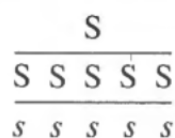


Ilustración 8: La cadena significante (Lacan, 1957-1958/2010, pág. 202).

Sin embargo, detrás de la re-presentación del sujeto en la cadena significativa yace una edificación mayor, una operación indispensable que bajo la fachada de la movilización subsiste. En 1925 Freud escribe un artículo en el cual formula un mecanismo de afrontamiento ante lo reprimido: la negación. Las cinco páginas de una riqueza máxima logran condensar un mecanismo que permite esclarecer una misma función en dos estatutos diferentes: la negación, - o denegación para Lacan, de lo reprimido como un mecanismo secundario que opera en el movimiento discursivo del sujeto; y la negación como mecanismo primario de articulación del sujeto con el lenguaje (Freud, 1925/1995).

En ambas la lógica es la misma, sin embargo el objeto es distinto. La función del juicio (*Urteilstfunktion*) se encuentra con dos decisiones a tomar: la de atribuir una propiedad o cualidad a un objeto y la de atribuir la existencia de uno o no. La denegación en su estructuración discursiva consiste en la cancelación afirmativa de lo reprimido sin la necesidad misma de su aceptación como tal⁹; cuando un paciente de Freud pregunta, *quién podría ser cierta persona en su sueño y con aquello que su madre ciertamente no es*, la tarea de la función intelectual del juicio se evidencia: afirmar o denegar (*zu bejahen* o *zu verneinen*) (Freud, 1925/1995). Hyppolite aporta indudablemente en el análisis de dicho mecanismo: en tanto la intelección del contenido no implica una aceptación de lo reprimido, la operación misma deviene en una negación de la negación; y a su vez, que referida función dependa en grado sumo de un tiempo mítico donde la configuración de lo interno y externo emerge en proceso de gestación (Hyppolite, 1954).

Freud claramente lo estipula: “el juzgar es el ulterior desarrollo, acorde a fines, de la inclusión (*Einbeziehung*) dentro del yo o la expulsión de él, que originariamente se rigieron por el principio de placer” (Freud, 1925/2014). El orden mítico que subyace detrás del intelectual y discursivo no es sino el proceso mismo de formación y desarrollo del yo-placer (*Lust-Ich*) y yo-realidad (*Real-Ich*); en un momento en el cual aquello *bueno* o *malo*, bajo el par placer - displacer, son introyectados (*introjizieren*) o expulsados (*von sich werfen*); y es en este punto donde se origina aquello del juicio que permitirá, en su distinción con lo subjetivo

⁹ En su original: “Die Verneinung ist eine Art, das Verdrängte zur Kenntnis zu nehmen, eigentlich schon eine Aufhebung der Verdrängung, aber freilich keine Annahme des Verdrängten” (Freud, 1925/1995, pág. 12). Hyppolite realiza un análisis del término *Aufhebung* en la aplicación hegeliana del término; en consonancia con Freud opera en la supresión sin embargo conservación del sentido en sí de lo reprimido (Hyppolite, 1954).

y objetivo, reencontrar (*wiederzufinden*) la representación del objeto en su posterioridad (Freud, 1925/1995).

Sin embargo, el estatuto intelectual del par afirmación – denegación depende en gran medida de una *afirmación originaria* de un significante primordial: el Nombre-del-Padre; aquella en su sustitución metafórica permite en su anverso ejercer la *represión originaria* (*Urverdrängung*) y con ella, la dialéctica infinita de la cadena significante (Lacan, 1980). Lacan sobre aquella:

Es en el destino de lo reprimido primordial, a saber, de eso que se especifica por no poder ser dicho en caso alguno, cualquiera sea la aproximación, por estar, si puede decirse, *en la raíz del lenguaje*¹⁰, que podemos dar la mejor figuración de aquello de lo que se trata (Lacan, 1980, pág. 2).

Parece, en este punto haber dos momentos que evidencian la constitución del sujeto: el juego de *introyección - expulsión* del Yo a sus objetos; la afirmación (*Bejahung*) o forclusión (*Verwerfung*) del significante primordial; y en el caso de afirmación de aquel, la formulación intelectual de la denegación que se sostiene en la impostura de lo reprimido. Por ende, la forclusión no es aquello sino la respuesta ante una interdicción que imperativamente impugna una renuncia a un goce; y que en su repercusión exilia “una admisión en el sentido de lo simbólico” (Lacan, 1955-1956/2020, pág. 23).

En consecuencia, la denegación es una formulación secundaria que ejerce su operatividad bajo el sustrato de la afirmación del significante originario. En la forclusión, en aquella *no-Bejahung*, yace la ausencia misma de juicio (*Urteil*) que se ejerce ante la castración (Lacan, 1953-1954/2020). Lacan (1953-1954/2020) esclarece:

Esta importante articulación nos indica que, en el origen, para que la represión sea posible, es preciso que exista un más allá de la represión, algo último, ya constituido primitivamente, el nódulo de lo reprimido, que no sólo no se reconoce, sino que, por no formularse, literalmente *es como si no existiese*. Sin embargo, se halla en alguna parte

¹⁰ Las cursivas son mías.

puesto que (...) es el centro de atracción que atrae hacia sí todas las represiones ulteriores (pág. 75).

Y es, en este campo mismo, como en una *nachträglichkeit* a la forclusión del significante la constitución primaria del Yo-placer y Yo-realidad no logran dialectizarse en el registro de lo simbólico. Hyppolite lo esclarece al marcar “la diferencia de niveles entre la *Bejahung*, la afirmación y la negatividad en tanto ésta instauro en un nivel inferior la constitución de la relación sujeto-objeto” (Lacan, 1953-1954/2020, pág. 95).

La forclusión como posicionamiento ante la castración se enlaza en consecuencia con la des-ligazón del sujeto con el sentido per se. Una ficción servirá de premisa: el diccionario, en su intento ilusorio de condensar el acervo de las letras recrea, en la infinitud misma que caracteriza a la multivocidad de las palabras, la imposibilidad inherente de delimitar el Todo del lenguaje; sus palabras, abreviaturas, puntuaciones, diagramas y demás surcan rutas infinitas a letras, significados, en suma, organizaciones de un sentido supuesto; entrada y fin, se solapan en su dialéctica (Vandermersch, 2011/2013). El argumento se estructura en dos estatutos: la delimitación del sujeto en el lenguaje tras el recorte de las fauces del Otro; y el anclaje del sujeto al sentido mismo per se.

El primero se articula estrechamente con la estructuración del fantasma, como formulación resultante del recorte del sujeto en el Otro. Su formación taponada y topologiza el lenguaje, surca y marca un límite. Vandermersch (2011/2013) lo explica claramente: *o no pienso o no soy*; ergo *no se piensa* donde se está, es decir, en el locus del sujeto, en su anclaje al significante que lo representa; *o no se es* – aquí se evidencia la *Bejahung* de la castración – en el lugar a partir del cual el sujeto habla: el significante; aquello a su vez acarrea al sujeto a tender a buscar el *objeto a* – como resultado de la castración, o a ser un puro objeto; que en suma instancia devela el posicionamiento de aquel al significante en tanto *representado por* o *identificado a* (Vandermersch, 2011/2013).

El mencionado resultado permite el anclaje del sujeto a la posibilidad de construcción de sentido y de lazo social. Los cimientos sobre los cuales aquello se funda: la ruptura del par significante – significado; y el deslice representacional del sujeto en la cadena a razón de la desidentificación del *infants* al falo imaginario configuran el epíteto del rasgo unario. Es decir, el sin-sentido mismo que comporta el significante permite que en su movimiento y en su

oposición englobe la función del Uno. Aquel, no como el Uno de la unificación imaginaria, al contrario: en la negación de aquella que permite su aparición (Rabinovich, 2020).

Dicho rasgo no se erige en tanto la intertextualidad del lenguaje no se enmarque en el malentendido y en su imaginaria conformación ante el otro; es en toda medida un rasgo, un trazo que enmarca al sujeto en tanto haya renunciado a ser Todo; sin inserción simbólica y escisión imaginaria la hiancia se imposibilita y el acceso a la dialéctica significante se estanca. Si en un punto se puede decir que el psicótico es hablado por el lenguaje es a razón de su estasis significante producto de la forclusión de la metáfora paterna.

El rasgo unario, concepto propuesto en el *Seminario IX: La identificación* (1961/1962), muestra en su lectura las coordenadas para su entendimiento; sin embargo, su especificidad no parece en sumo clara. La distinción que delimita la definición del significante en tanto opuesto topo-lógicamente a otro, sirve para apuntalar conceptualmente dicho rasgo. De aquel se dice que permite la fundación de lo Uno y el soporte de la cadena; sin embargo aquellas no son sino las funciones que aquel ejerce (Haddad, 2011). Se lo relaciona “con el hecho de habitar en el lenguaje y con la falta estructural del objeto (...) un concepto que permite articular lo simbólico con lo real e implica la huella que deja el objeto que falta por estructura” (Haddad, 2014, pág. 64), su origen permanece en las oscuridades, sin embargo sus huellas permiten hilar un camino a su constitución.

Para delimitar su origen podría estipularse a partir de sus dos planteamientos clave: en tanto sostiene la cadena y articula lo simbólico y lo real. Al definirlo como *huella* o *borradura*, el rasgo unario evidencia su naturaleza en tanto recorte, y es en tanto recorte que yace como trazo. Sin embargo, la posibilidad en sí que permite el rasgo unario a establecer una – mejor dicho *la - identificación* con él de-vela el secreto que alberga; el rasgo unario se formula como aquel recorte mismo de la Cosa, el *das Ding*, que en una primera instancia *real*, fue cercenada y perdida para ser dialectizada en el registro *simbólico*. Su función de objeto lo delata sin necesariamente ser uno como tal. El rasgo en esta medida sustenta lo Uno, la aprehensión de los significantes en un conjunto y en su capacidad de hacerlo designa el vaciado de sentido del significante per se. El sentido y lazo social se entablan en tanto haya identificación al rasgo unario; en otras palabras, en tanto haya *Bejahung* de la castración, la relación aquí – castración y rasgo unario - no es homóloga, es causal.

El sentido en este punto es entendido como aquello que apunta a un movimiento y que en aquel, en su oposición y búsqueda de cierre a la significación produce un orden imaginario que cala en el sujeto. La forclusión, el *como si no* existiera de la castración, anula la capacidad misma de generación de tal. Sus repercusiones en el fenómeno psicótico son evidentes: “la emergencia en la realidad de una significación enorme que parece una nadería – en la medida en que no se la puede vincular a nada, ya que nunca entró en el sistema de la simbolización” (Lacan, 1955-1956/2020, pág. 124). Y es en esta emergencia misma que en su coraza de incertidumbre aparente, y en toda medida ominosa (*Unheimlich*), recubre la certeza misma de un real no simbolizado; el encuentro con lo real no es un descubrimiento, es a cabalidad un re-encuentro con la castración misma.

A diferencia de la neurosis, el devenir del goce en la psicosis es distinto. Previo al momento constitutivo de sustitución metafórica del significante materno por el paterno en el vínculo (falo)-madre-hijo reverbera un *goce arcaico* que efluye en la infabilidad previa al símbolo. La represión– obliteración, para De Neuter - del deseo materno permite el anudamiento del goce con el lenguaje en tanto falicizado (De Neuter, 1996/2013).

El *goce fálico* logra así sustentarse en la interdicción, en el inter-dicto que estructura el discurso del sujeto en el lenguaje; es decir, un goce conmensurado, delimitado a los intersticios mismos de la palabra. Mientras que, su contrapuesto, el goce del Otro, impugna su presencia en tsunamis en herejía al estatuto mismo de la Ley, *como si* aquella no existiese, y por ende *como si* los límites que ésta supuestamente traza no tuvieran cabida (Muñoz, 2018). El estatuto de *goce arcaico* yace como supuesto lógico – mítico. Su existencia literal y su comprobación son innecesarias, su funcionalidad deriva en la formulación argumentativa del presupuesto. Es una ficción lógica ya que los posicionamiento subjetivos ante la castración no son totalitarios; ergo: no existe una represión, forclusión o desmentida total (De Neuter, 1996/2013).

2.2 Sobre la constitución especular.

En *Las teorías sexuales en psicoanálisis* (2014) Bleichmar establece las diferencias entre *prematuration, fetalización e indefensión*; conceptos generalmente emparentados y diluidos entre sí en la elaboración psicoanalítica. La *prematuration* yace como un concepto ambiguo en tanto cierta parcialidad de su significado remite a la noción de estadios y determinismos de

desarrollo. Mencionado concepto refiere a las vicisitudes que giran alrededor de la incidencia del otro en el movimiento pulsional de la psique del infante y su devenir en los tiempos, sean lógicos o cronológicos, de su psiquismo (Bleichmar, 2014).

Fetalización, por otro lado, viene a tomar lugar bajo el desarrollo de Lacan (1949/2018) como el estado de “inacabamiento anatómico del sistema piramidal, como de ciertas remanencias humorales del organismo materno” (pág. 102) que arrojan a la cría humana a la insuficiencia motriz y a la dependencia a un pecho que lo ampare (Lacan, 1949/2018). No es este sino el capitón sobre el cual la relación del infante y el Otro se entablan, como el pivote que permite una póstuma dialéctica con la falta. Tal momento de dependencia extrema ante la impotencia real de su organismo lleva al infante a un estado de desamparo psíquico y orgánico, a una *Hilflosigkeit* (Rodríguez, 2012).

El *desaxulio* - traducción de Laplanche – lleva al infante a proliferar a gritos la tensión que genera su organismo. En este sentido, los gritos todavía no yacen dialectizados en el orden del lenguaje, al contrario, encajan en el marco pierciano del signo donde la multivocidad de la palabra no cabe, empero su direccionamiento unívoco sí (Laplanche, 1992/1996). La presencia-ausencia parece fungir en dos tiempos lógicos: la no-satisfacción orgánica y el momento inaugural de la necesidad a la demanda. Entre aquellos, dos prototipos de angustia, la angustia pre-satisfacción, plena y fija que surge de la acumulación de tensión orgánica y la angustia post-satisfacción, la que revivifica el desvalimiento de sí bajo la añoranza del objeto perdido (Freud, 1926/2016).

Aquel quien inscriba al *infante* en el corredor del lenguaje, el que le invita a añorar bajo el estatuto de la palabra es el prójimo (*Nebenmensch*). Para Thibierge (2011) aquel “designa algo más allá del semblante, “a lado” (*neben*) del sujeto, y en una alteridad mucho más radical y extranjera (...) indica las modalidades bajo las cuales la cosa, en el corazón mismo del sujeto, se refiere al lugar del Otro” (pág. 320).¹¹ Es en este cronotopos psíquico en el cual el sujeto se juega la vida; con un Otro que canaliza su deseo y lo captura como pedazo de carne. El *estadio del espejo* dramatiza una escena inaugural desde el desvalecimiento del infante en su condición de organismo hasta su constitución en el lenguaje.

¹¹ La traducción es mía; en el original: “Désigne quelque chose au-delà du semblable, “à côté” (*neben*) du sujet, et dans une altérité beaucoup plus radical et étrangère (...) indique les modalités sous lesquelles la chose, au cœur même du sujet, renvoie au lieu de l’Autre.” (Thibierge, 2011, pág. 320).

El *estadio del espejo*, por ende, comprende aquel periodo lógico, enmarcado de manera aproximada entre los seis y dieciocho meses de existencia del neonato, donde aquel, en su insuficiencia orgánica logra identificar su imagen refleja, e ilusoriamente - en un momento anticipatorio, ejercer control sobre su cuerpo. Tremendo acto resumido en el asombroso disparo especular del *Aha-Erlebnis* refleja al infante en brazos ante una ontología en devenir. Su funcionalidad, así, radica en establecer la relación coartada entre el *Innenwelt* y *Umwelt* de un sujeto bajo el sustrato de la Discordia primordial de su naturaleza orgánica y psíquica. El umbral que se ejerce permite al sujeto devenir en la potencia misma que la imagen y su identificación implican en el salto simbólico de aquel (Lacan, 1949/2018).

Para sumergirnos en la experiencia del infante es preciso bucear en las leyes de la catóptrica - el juego de la luz con el material reflexivo, y ubicar en aquellas el resorte simbólico que desencadena el movimiento. Sin embargo, es imperativo establecer las coordenadas que permiten la comprensión de la física especular. Eco diría que las *imágenes reales* para el sentido común son irreales y son apeladas así por su mera ilusión de aparentar ser un objeto consistente; mientras que las *virtuales* apuntalan su naturaleza al más allá del espejo, como si de un adentro de aquel tratara; las primeras, naturales de los *espejos cóncavos* y las segundos de los *planos* (Eco, 1985/2012). Para Lacan, su distinción – aparente- se adscribe a su condición *objetiva* (reales) y *subjetiva* (virtuales) que suelen aparentar en el reflejo de la pantalla especular (Lacan, 1953-1954/2020).

Lacan en *Los escritos técnicos de Freud* (1953-1954/2020) y bajo la lectura de la *Traumdeutung*, específicamente de la propuesta freudiana del aparato psíquico¹², elabora un gráfico, donde explicita la posibilidad de metaforizar la fenomenología de las imágenes virtuales y reales, para así arribar a la lógica de la constitución especular del infante. Lacan, así, indaga en *la experiencia del ramillete invertido*:

¹² La hipótesis freudiana en *La interpretación de los sueños* plantea la estructuración de una *localidad psíquica*, compuesta como “un microscopio compuesto, un aparato fotográfico” (Freud, 1900/1991, pág. 529) conformado por instancias (sistemas ψ) que mantienen una secuencia fija, un direccionamiento establecido en una serie temporal de eventos (Freud, 1900/1991). Su antecedente se encuentra en la *Carta 52* a Fliess, las instancias descritas son: *P*, percepción; *Ps*, signos de percepción; *Ic*, inconciencia; *Prc*, preconciencia (Freud, 1886-1899/1992). El aparato psíquico comprende un polo sensorial (*P*) y uno motor (*Pcc*) – preconciente. El recorrido parte desde el primer polo, impregna una huella mnémica y continúa su trayecto en el inconsciente. A diferencia del preconciente, el inconsciente (*Das Umbewusst*) no tiene acceso a la conciencia (Freud, 1900/1991).

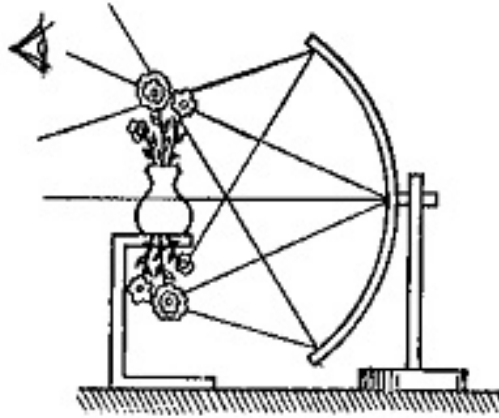


Ilustración 9: La experiencia del ramillete invertido
(Lacan, 1960/2018, pág. 641)

El fenómeno del ramillete comprende los siguientes objetos: una caja hueca, un ramillete en su interior y un florero – sobre aquella - en el centro del espejo cóncavo. El juego de luces e incidencias reflejan – por la naturaleza del espejo – la luz en un punto simétrico; el ramillete, así, (a)parece invertido como imagen real en la superficie refleja, que a su vez se solapa con el cuello del florero. La experiencia en su punto culmen otorga al espectador la ilusión de concordancia entre un objeto imaginario y uno real (Lacan, 1953-1954/2020).

Semejante experiencia remite en metáfora a “la aventura imaginaria por la cual el hombre, por vez primera, experimenta que él se ve, se refleja y se concibe como distinto, otro de lo que él es” (Lacan, 1953-1954/2020, pág. 128). No es este sino el clivaje que escinde al *Ur-Ich* o *Lust-Ich*, al yo primitivo del mundo exterior. La *Aufstossung* en esta medida incide en la frontera de la imagen refleja, en los límites del cuerpo, en su experiencia primera del yo y no-yo. La imagen entonces, es asimilada como *Gestalt*, como forma de sí. El cuerpo reflejo en este punto es análogo al florero imaginario que contiene al ramillete de flores real; en órbita, se evidencia el devenir del sujeto (Lacan, 1953-1954/2020).

Sin embargo, es preciso que para el despliegue de la imagen – real y virtual – los objetos se encuentren ubicados en puntos clave. Para Lacan, la caja representa el cuerpo, el ramillete las pulsiones y el florero la anticipación imaginaria de control. El ojo, en otra instancia, simboliza la posición del sujeto, el entretejido discursivo que permite que el juego de luces en su punto simétrico incidan en una posición que de cuenta de su existencia. Lo cual en punto final, determina la relación entre lo imaginario y lo real; lo simbólico por ende, refleja la posición adjunta del sujeto al discurso (Lacan, 1953-1954/2020).

En la *Observación sobre el informe de Daniel Lagache* (1960/2018), Lacan complementa la lógica de *La experiencia del ramillete invertido* de Bouasse con un segmento que permite dialectizar y dar cuenta de la posición del sujeto en su advenir. Retoma *el esquema de los dos espejos* elaborado en su primer seminario y grafica:

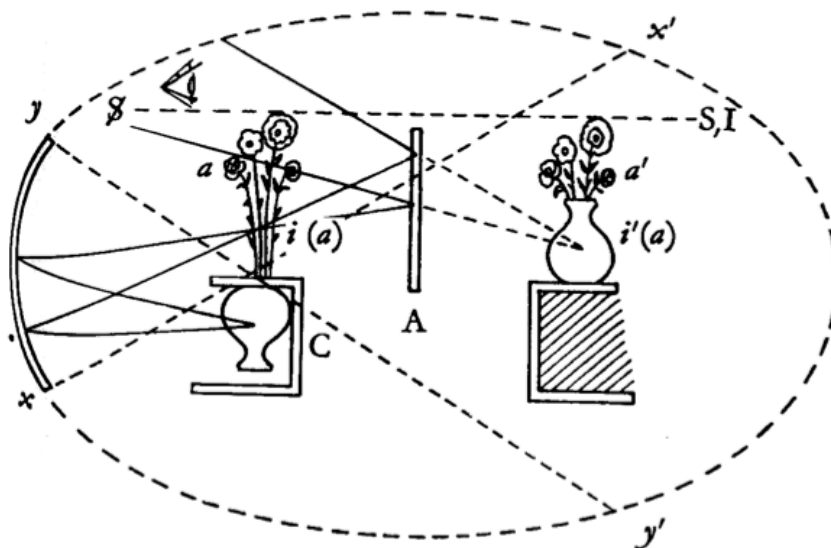


Ilustración10: El esquema de los dos espejos (Lacan, 1960/2018, pág. 642)

Los elementos son los mismos: el espejo cóncavo yx , la caja C , el ramillete: a y el florero – aquellos dos últimos en posición inversa al esquema óptico de Bouasse, el fenómeno no se inmuta. El florero es proyectado en la superficie del espejo, el resultado: *la experiencia del florero invertido*. Empero, el ojo, aquel representante del sujeto ante lo simbólico genera un impasse; ubicado entre el espejo y el objeto la proyección luminica no coincide en un punto simétrico que permita generar una imagen refleja. Ergo, es preciso la presencia de un espejo plano: A , que en su ubicación exacta, refleje la imagen real $i(a)$ de la *Gestalt* naciente. En consonancia, la danza de proyecciones se agita y converge en la formación de una imagen virtual $i'(a)$, en un más allá del espejo plano (Lacan, 1953-1954/2020).

En esta medida, el espejo plano funge como umbral que posibilita el acceso del sujeto en advenir a tomar posición ante el Otro. El salto especular aterriza en el campo del narcisismo y en deriva, con un *alter-ego* emergente. A partir de la identificación del *infant* con la imagen, es decir con “la transformación producida en el sujeto cuando asume una” (Lacan, 1949/2018, pág. 100), el ojo se precipita a la posibilidad de franquear la diferencia entre la catexis – que en última instancia es siempre metáfora en tanto su objeto es una imagen - del ser libidinal –

yo ontológico para Mannoni (Sastre de Blas, 2017), como con la libido de objeto; en otras palabras, narcicismo primario y secundario¹³ (Lacan, 1953-1954/2020).

El desenvolvimiento libidinal que ambos implican, es en toda medida resultado de la posibilidad que el espejo plano *A* como metáfora representa el lugar del Otro. En su contrapartida yace la uniformidad que otorga la adaptación del animal a su *Umwelt*; el ser humano, por su parte vástago y loco, “manifiesta una posibilidad noética original (...) su *pattern* fundamental es de inmediato la relación con otro” (Lacan, 1953-1954/2020, pág. 193). El juego identificatorio comienza. El otro, cautivador al ojo naciente surca el camino para las posteriores identificaciones, desde un *Ideal-Ich* (*Yo ideal*) a un *Ich Ideal* (*Ideal del Yo*) (Lacan, 1960/2018). En este tramo, Lacan introduce la conjugación entre el Ideal y el Otro en el esquema óptico:

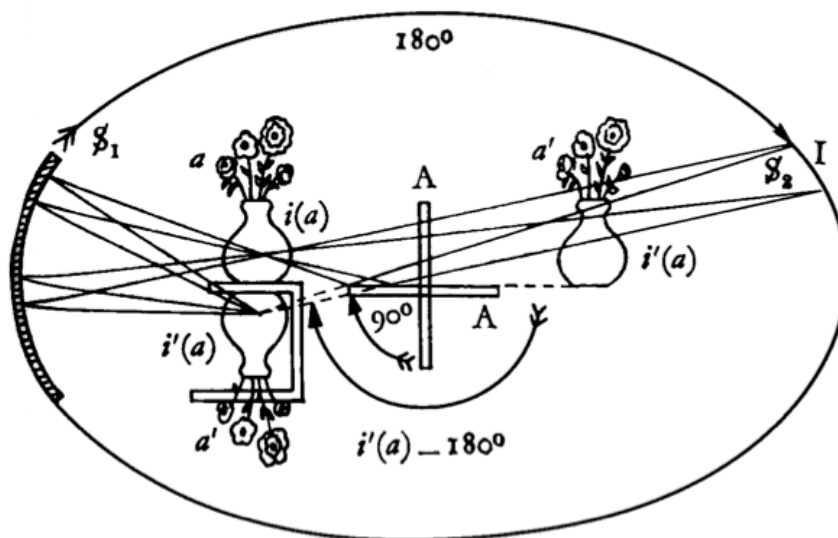


Ilustración 11: El modelo óptico de los ideales de la persona (Lacan, 1960/2018, pág. 647).

Para Lacan su función es “dar una imagen de cómo la relación con el espejo, o sea, la relación imaginaria con el otro y la captura del Yo Ideal sirven para arrastrar al sujeto al campo donde se hipostasia en el Ideal del Yo” (Lacan, 1960/2018, págs. 646 - 647). En esta medida no es sino el resorte simbólico que permite al sujeto *S/I* emparejar su movimiento a un *S/2* en el lugar del Ideal *I* a través de la incidencia que se produce en la rotación del espejo plano *A*;

¹³ La pugna conceptual sobre el esclarecimiento del narcicismo nace a partir de la necesidad de establecer la lógica del movimiento libidinal, entre libido yóica y libido de objeto, particularmente con los estudios en la esquizofrenia. Fue necesaria la distinción entre libido egoísta y libido sexual, la cual en punto culmen logra entablar el desarrollo y estructuración libidinal del Yo como instancia psíquica, aquellas deben desarrollarse, *entwickeln werden*, al contrario de las pulsiones autoeróticas, desde el inicio presentes (Lacan, 1953-1954/2020).

lo cual a su vez, no omite la posibilidad de ver la imagen virtual $i'(a)$ de la real $i(a)$ en el campo que se genera detrás del espejo¹⁴ (Lacan, 1960/2018). Mencionado movimiento especular no es sino la dramaturgia, en un primer acto del devenir del Yo ante la *Urbild* (narcisismo primario) - de la sorpresa y satisfacción de la unidad de su imagen - que en su distanciamiento— dada la presencia del Otro, permite apuntalar su libido a un *Ich-ideal*, que en suma instancia, refleja la batalla homérica de la pulsión (Lacan, 1953-1954/2020). No es sino el Otro como reflexión y resorte que desde la inserción del deseo y su alienación permite al sujeto, en su cualidad de barrado, movilizarse en su eternidad.

Sin embargo, la dialéctica entre el Yo-ideal y el Ideal del Yo no es gratuita. La identificación del sujeto a su imagen $i'(a)$ implica imperativamente un cercenamiento. Lacan en el *Seminario X: La angustia* introduce el *esquema simplificado* en el cual agrega el *menos-phi*:

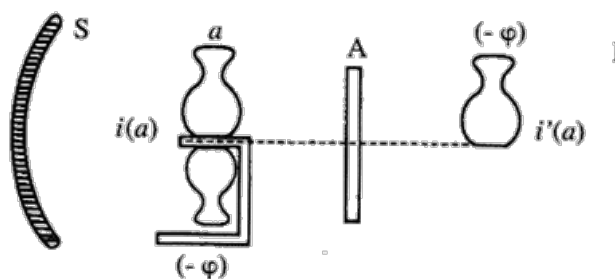


Ilustración 12: La imagen real rodea los objetos a (Lacan, 1962 - 1963/2020, pág. 131).

La metáfora despega. La articulación que desbroza la lógica en los registros remite a la especularidad del $(-\phi)$ y *el objeto a*, en tanto el primero lo es y el otro no. Lacan (1962 - 1963/2020) dirá: “Este *menos-phi* no es más visible, más sensible, más presentificable allí que aquí, bajo $i(a)$, porque no ha entrado en lo imaginario” (1962 - 1963/2020, pág. 52). Aquello no remite sino a su naturaleza per se. El *menos-phi* se refleja acorde a su sustrato real y que en suma instancia es condición indispensable para la construcción imaginaria; en tanto negativo surge como personaje antagonista que dicha construcción implica.

¹⁴ Para una complementación sobre la lógica del esquema óptico en el análisis remitirse a *Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache: “Psicoanálisis y estructura de la personalidad”* en *Escritos 2*.

El *objeto a* y su conjugación con la posición que el sujeto ocupa en la topología especular remite a la imposibilidad misma de aprehensión del resto. Mencionado anteriormente, la ilusión óptica del objeto es posible en tanto el sujeto mantenga una posición específica en la cual los rayos en su punto simétrico converjan en el ojo; el *objeto a*, por ende sostiene “en la medida en que la relación ($\$ \diamond a$) es accesible mediante algún rodeo, en que ciertos artificios nos dan acceso a la relación imaginaria que constituye el fantasma” (Lacan, 1962 - 1963/2020, pág. 51). Es así como $i'(a)$ funge en la dialéctica del deseo en consonancia con a . No es sino en el reflejo del Otro donde se pretende encontrar aquello que resta en uno. Y es en medida que el sujeto se acerca a su espejismo cuando el objeto desaparece por el atentado de su aprehensión (Lacan, Seminario X: La angustia., 1962 - 1963/2020).

Ergo, la imagen $i'(a)$, autenticada por el Otro apuntala su función en tanto en su reflejo haya un recorte. Para Lacan (1962 - 1963/2020) “lo que en ella se evoca no puede aparecer ahí” (pág. 55) sino es como falta; el deseo así, remite imperativamente a dicha ausencia que permite la aparición de un objeto que en su presencia se ubica en otra parte: el *objeto a* (Lacan, 1962 - 1963/2020). Una *nachträglichkeit* especular en toda medida; el $(-\phi)$ en tanto reflejo remite a la imposibilidad estructural de reflejar el resto que representa el *objeto causa de deseo*, en toda medida: “De donde todo parte, en efecto, es de la castración imaginaria, porque no hay imagen de la falta” (Surmani, 2016, pág. 756). Y aquello, acorde a “que permanece profundamente investido en el propio cuerpo – del narcicismo primario, de lo que llaman autoerotismo, de un goce autista. (...) un alimento que permanece ahí para animar, (...), lo que intervenga como instrumento en la relación con otro” (Lacan, 1962 - 1963/2020, pág. 55).

Empero, la estructuración de dicho diálogo entre registros no surge en tanto la conformación de una $i(a)$ no se geste. El estadio previo al del espejo implica la premisa del cuerpo como fragmentado; no es sino mediante el devenir del caos en unificación como se permite la dialéctica subjetiva. Lo cual a su vez implica, organizar al sujeto en su estructuración bajo el determinismo que implica su desorganización constitutiva. Aquel es “el sentido más profundo a darle al término autoerotismo – le falta a uno el sí mismo” (Lacan, 1962 - 1963/2020, pág. 132), por ende, la noción de tenencia no cabe, en tanto no hay una instancia que adjudique su poder sobre ella. El paso del autoerotismo, necesario para la dialéctica y constitución yóica al narcicismo implica la consolidación de la multiplicidad de *objetos a* que anclados a la segmentación del cuerpo, la carne despedazada, se consolidan a razón de aquel

espejo cóncavo que se metaforiza como el córtex. Aquel vacío que representa el *objeto a*, no es sino la imposibilidad a la cual se adscribe el recorrido mismo de la pulsión parcial en el autoerotismo, como diría Freud (1905/2015): “todavía no conoce un objeto sexual, pues es *autoerótica*, y su meta sexual se encuentra bajo el imperio de una *zona erógena*” (Freud, 1905/2015, pág. 98). Es así imprescindible divisar como el desarrollo psicosexual y la constitución yóica en los tres registros son el anverso de la misma moneda.

Aquello deriva en la importancia constitutiva de la inserción de la palabra en el momento constitutivo del yo; el anudamiento de los tres registros depende en grado sumo de la *Bejahung* o no de la castración. En 1954 Lacan (1953-1954/2020) introduce el Caso Dick, el abordaje de un niño de cuatro años con una peculiar y precaria construcción yóica analizado por Melanie Klein. La brillantez del caso estriba en el evidente posicionamiento del niño en un estado de indiferencia casi pura de su entorno que se logra dialectizar por la inserción de lo simbólico. La ambigüedad estructural del caso es hipnotizante; a diferencia de las neurosis, Dick no muestra evidencia alguna de ansiedad ya que aquella misma surge con los procesos de introyección y expulsión que surge a su vez de una simbolización primaria; es decir, un recorte de presencia-ausencia.

En esta medida no hay objetos a los cuales identificarse, su organización imaginaria es en sumo precaria. Usualmente “a la par que el ego se desarrolla, se establece gradualmente una relación verdadera a la realidad fuera de esta realidad irreal”¹⁵ (Klein, 1930, pág. 26); para Dick, Melanie Klein es un mueble más en el continente infinito que es su madre - realidad. Si la incorporación y formación de lo imaginario implican la delimitación de la realidad – *afuera* y *adentro* - bajo el principio de placer y con aquello una simbolización primaria, Dick solo logra hacerlo parcialmente: presenta un esbozo rudimentario de objetos: trenes, estaciones, manillas, puertas y el acto de cerrar y abrir puertas (Klein, 1930). Klein se aferra a sus someras simbolizaciones y aprovecha para introducir lo simbólico:

Tomé un tren grande y lo puse al lado de uno más pequeño y los llamé “tren-papi” y “tren-Dick”. Acto seguido el levantó el tren que llamé “Dick” y lo hizo rodar hacia la ventana y

¹⁵ La traducción es mía; en el original: “As the ego develops, a true relation to reality is gradually established out of this unreal reality” (Klein, 1930, pág. 26).

dijo “Estación”. Yo expliqué: “la estación es mami; Dick entra en mamá”¹⁶ (Klein, 1930, pág. 30).

La intervención es fulminante, su potencia yace en la simbolización misma de la relación afectiva, en tanto la palabra que se inserta permite al sujeto marcar y escindir su posición ante otro; Klein instituye en otras palabras la fórmula edípica. Lo que prosigue es magnífico: Dick empieza a separarse de dicha *unreal reality* y a delimitar los objetos que lo circundan; y con aquello, logra concatenarse un proceso descarrillado que permite al niño identificarse con los objetos.

El caso se sostiene en la inserción del símbolo y el rol del yo con la construcción de la realidad, es en este punto donde la teoría kleiniana y lacaniana divergen. Para Klein el ego es el punto de capitán para la construcción de lo exterior; y para Lacan el ego es una deriva de la posición simbólica del sujeto ante el Otro (Lacan, 1953-1954/2020). Dick en esta medida no logra divisar su imagen reflejada en *A*, no necesariamente porque este no esté, sino porque la locación de su mirada yace discolada al *locus* donde generalmente el sujeto puede ver su imagen virtual: en el cono donde se ubica el *ojo* en *el esquema de los dos espejos*¹⁷. La inquietud, por ende surge tras la necesidad de establecer la premisa que permite que el sujeto se ubique en el cono o no. El *Caso Dick*, como el caso de el *Niño Lobo* comparten la desatención e indiferencia extrema por parte de sus figuras primarias en el momento mismo donde el desauxilio del sujeto aclama por contención¹⁸.

Levin (2002) propone una lectura del *estadio del espejo* bajo la teorización del desarrollo motor. A partir de la propuesta lacaniana añade que no existe un único direccionamiento especular de hijo - madre, sino también uno madre – hijo en la cual aquel último funge como

¹⁶ La traducción es mía; en el original: “I took a big train and put it beside a smaller one and called them “Daddy-train” and “Dick-train”. Thereupon he picked up the train I called “Dick” and made it roll to the window and said “Station”. I explained: “The station is mummy; Dick is going into mummy” (Klein, 1930, pág. 30)

¹⁷ Remitirse a la página:

¹⁸ Dick presentó conflictos en el periodo de lactancia, en un punto llegó a casi morir de hambre; sufrió de indigestión y después de hemorroides. Su padre y madre eran en extremo indiferentes, según Klein no expresaban afecto alguno hacia él (Klein, 1930). El caso del Niño Lobo – Roberto, fue analizado por Rosine Lefort. Aquel en similares condiciones sufrió de hipotrofia y desnutrición. Su madre internada constantemente por paranoia lo desatendía en extremo; el niño en un punto fue dado en adopción; llegó a transcurrir más de veinte familias adoptivas (Lacan, 1953-1954/2020)

umbral para la presencia de una imagen virtual de la madre¹⁹ (Levin, 2002). El mencionado autor establece de igual forma que dos estructuraciones específicas nacen de referido estadio: la autista y la psicótica. En la primera - cuya teorización yace fuera de este estudio, el niño yace capturado en el espacio real que distancia al niño de su madre; la imagen aquí no se produce a razón de la ausencia de la función materna. Por otro lado en la psicosis - para Levin - el *infants* queda atrapado en el cuerpo materno per se, yace indiferenciado (Levin, 2002).

Sin embargo, aquello no es suficiente. Thibierge (2004) plantea la diferencia en la neurosis y psicosis; el esquema se presenta así:

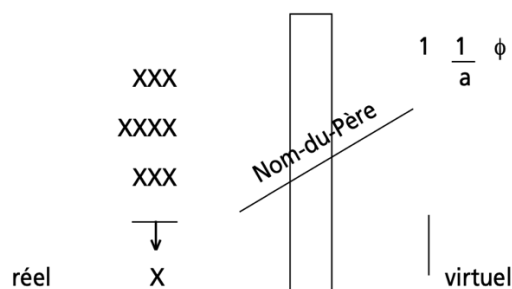


Ilustración 13: Esquema sobre la metáfora paterna en el estadio del espejo (Thibierge, 2004, pág. 111).

El esquema está dividido en dos campos: real y virtual, separado por una superficie refleja, un espejo plano que simboliza al Otro. En su izquierda yace – en las *x*'s – el cuerpo fragmentado, el organismo parcializado con sus respectivos objetos pulsionales, en suma un cuerpo que goza en su estatuto real. En este punto el infante es presa de su dependencia, en una estrecha proximidad a la muerte; lo cual define la urgencia de anudarlo al cuidado del Otro. Empero, la imagen y el registro de lo virtual no se erigen en tanto el goce en lo real no sea interdicto, que el objeto mismo de la pulsión sea reprimido. La flecha que cercena su estatuto de goce es la represión misma que en su deriva genera un resto: la *x*. Mencionado recorte, el

¹⁹ Similar propuesta yace en la lectura de Winnicott sobre el *estadio del espejo* de Lacan. Winnicott plantea la importancia e injerencia del medioambiente en el desarrollo emocional del infante. La separación gradual con su entorno, el “*separating-off of the not-me from the me*” (Winnicott, 1982/2005, pág. 150) implica la presencia de una madre “suficientemente buena” que no atente con la experiencia legítima de omnipotencia. El resultado yace en la posibilidad del infante en usar el objeto, en sentirlo como si fuera subjetivo y creado para él. En otras palabras, Winnicott plantea que en el reflejo especular del infante al niño se mira en la mirada de la madre, empero el contenido de su mirar depende totalmente de como la madre se vea a si misma reflejada en él (Winnicott, 1982/2005). La propuesta winnicottiana se enlaza con el objeto de estudio de presente trabajo sin embargo yace descartado en su análisis central. Para más información remitirse a (Mirror-role of mother and family in child development, 1982/2005).

objeto a per se, representa en su formulación la falta producida en el momento de la incidencia de la metáfora paterna. Sin embargo la articulación no cesa; el registro de lo real y lo virtual se anuden a razón del enlace del objeto a y el Uno. Es decir, el Uno en tanto representante, símbolo que encubre la represión del objeto perdido, el goce arcaico y en la medida en que el rasgo surge de la represión misma (Thibierge, 2004).

2.2.1 El estadio del espejo en la psicosis.

Por ende, en tanto haya *Bejahung*, y con aquella represión, el registro de lo real y lo virtual pueden enlazarse; en la psicosis, la forclusión del Nombre-del-Padre impide en toda medida el recorte del sujeto al falo imaginario, la interdicción al goce arcaico, lo cual deriva en un desanudaje de los registros: Thibierge (2004) plantea: “Lo que nosotros evocamos, nosotros, como lo que es del orden de lo virtual (...) – aquello no necesariamente se superpone – está en la psicosis, agujereado. El imaginario en la psicosis no tiene consistencia.”²⁰ (pág. 111). El rasgo unario en toda medida es inarticulable, no se lo encuentra sin la represión que lo cause.

Es aquí, en este punto donde el fantasma del cuerpo del esquizofrénico deambula; en el cuerpo fragmentado, en la desintegración de *i(a)*. Para Lacan (1962 - 1963/2020): “no es que en la psicosis los objetos sean invasores (...) es la estructura misma de esos objetos lo que los hace inadecuados para la yoización” (pág. 133). Y su estructura misma no es sino la imposibilidad de especularizar los *objetos a* en el marco del Otro.

En este punto se manifiesta la estructura y el fenómeno psicótico. En la endeblez imaginaria que lo acarrea, la apelación a simbolizar aquello forcluido desencadena la estructura misma. La proyección -lejos de ser el mecanismo de defensa propuesto por las lecturas psicologizantes del psicoanálisis- evidencia en la psicosis la expulsión misma “que hace retornar del exterior lo que está preso en la *Verwerfung*” (Lacan, 1955-1956/2020, pág. 73) así, el armataje que pudo haberse creado como sostén se escinde y la invasión desde lo real se manifiesta.

Sobre el posicionamiento en el cono simbólico.

²⁰ La traducción es mía; el original: “Ce que nous évoquons, nous, comme ce qui est de l’ordre du virtuel (...) – cela ne se recoupe pas forcément -, c’est dans la psychose, troué. L’imaginaire dans la psychose n’a pas de consistance” (Thibierge, 2004, pág. 111).

Para Lacan (1960/2018) el cono simbólico yace como aquella cronotopía psíquica que “delimita la posibilidad de la ilusión” (Lacan, 1960/2018, pág. 642) en el juego especular; es decir, la condición misma de encontrar su imagen refleja en el espejo plano *A*, el Otro que le regresa su imagen en su función ortopédica; en otras palabras: la refracción del lenguaje no es incondicional.

Si el nacimiento del yo de un no-yo parte del proceso de introyección (*introjezieren*) y expulsión (*von sich werfen*) en base al principio de placer (Freud, 1925/1995), en aquel yace como presupuesto la existencia del sujeto en un campo al y del cual delimitarse: la madre. Empero, para que dicho lugar se erija como tal, es imprescindible que se fundamente bajo una condición clave. Que la madre, además de estar presente lo esté *de una forma tal* que permita presentificarse como objeto libidinal; es decir que aquella figura logre instituirse como una entidad psíquica a la cual anclarse.

La remisión al Caso Dick permite establecer un análisis sobre la función materna y su injerencia en el posicionamiento simbólico del sujeto como también la apuesta de la mirada y la voz en los momentos de constitución psíquica. A diferencia de las demás pulsiones parciales, lo escópico e invocante no llegan a adscribirse en un estadio específico y diferenciado (Misrahi, 2016); concurren, en toda medida, en el desarrollo libidinal. Es decir, tanto la mirada y la voz se adscriben a los diferentes estatutos de la historia del sujeto ante el lenguaje sin imponer su regir en un periodo delimitado.

Tanto pulsión escópica como invocante juegan un papel fundamental. La ausencia de la madre imposibilita la simbolización primaria en tanto no se presenta como figura libidinal, sino como ausencia plena en su función. El continente en el cual vive, su *unreal reality*, no evidencia carácter o deriva alguna de la injerencia de la mirada y la voz. El *eso muestra* de la primera y el *decir* de la segunda yacen indiferenciados o muy ligeramente trazados en sus esbozos de objeto.

Dick en toda medida nada en la plenitud imaginaria de una madre física y psíquicamente ausente. Sus logros culturales en tanto imposición de diques al goce se encuentran cuasi totalmente coartados, en un impasse que resulta en una estasis de la libido en fragmentos de su cuerpo adscritos a zonas erógenas particulares. Si Dick no se encuentra en el cono simbólico

del esquema óptico es a razón que su madre no lo *mira*, ni lo *habla* de una forma tal que *la falta y el decir* del Otro no logran insertarse en su continente coartado.

3. El goce de la re-escritura.

3.1 Sobre el mecanismo de la psicosis en Freud

La elaboración freudiana sobre las psicosis remonta en sus inicios al estudio de la *paranoia* al igual que a otras dinámicas psíquicas como la *confusión alucinatoria*. En *Las neuropsicosis de defensa* de 1894 Freud postula que a diferencia de las psiconeurosis²¹ – histeria y obsesión – existe una modalidad defensiva en la que tanto el *afecto* y la *representación* inconciliable – no yacen debilitadas y aisladas – sino completamente desestimadas (*Verwerfen*) por el Yo (Freud, 1894/1991). Para Freud (1894/1991) – en la *confusión alucinatoria* – en el transcurso defensivo el Yo no estima la ilación que mantiene la *representación insoportable* con la *realidad objetiva* per se; por ende, en su desalojo, en el intento mismo de desasir su ligazón yace él preso accidentalmente de su cometimiento y resulta en un deslinde del fragmento de la realidad hilvanada a la representación. Mencionado mecanismo no es sino el inicio del desanclaje de la estructura.

En el *Manuscrito H* de 1895 Freud analiza un caso de *paranoia crónica* derivado por Breuer; el tratamiento evidencia que mediante la *hipnosis de concentración* la paciente niega rotundamente, tras reiterados intentos de levantar lo reprimido, la aceptación de la representación inconciliable. La defensa persiste, sin embargo no deriva en *conversión* o en *representaciones obsesivas*²², aquella yace intacta empero volcada en su locus. El resultado yace en la *proyección*, en el traslado del reproche hacia el exterior. El presupuesto que sustenta referido mecanismo yace en el imperativo de aceptar o desautorizar el juicio emitido en

²¹ Para Macuzza (2001) el término *neuropsicosis* es sustituido en posteridad por el de *psiconeurosis* para acentuar el devenir de la afección psicopatológica a partir de un estado sano previo. La nosología freudiana en sus inicios logra diferenciar las *neurosis actuales*: neurastenia y estados de angustia, con las *psiconeurosis*: histeria y obsesión (Freud, 1894/1991) bajo el argumento etiológico que las primeras no datan de traumas infantiles y no presentan una significación clara y concisa a diferencia de las segundas (Chemama, 1998). Freud postula y delimita la diferencia entre *neurosis de transferencia* (obsesión, histeria e histeria de angustia) y *neurosis narcisistas* (psicosis) a partir de la catexis libidinal; las primeras caracterizadas por la investidura de objetos fantásmicos – véase *La pérdida de realidad en la neurosis y psicosis* (1924) – y las segundas por la regresión libidinal al yo y su desasimiento causi total de objetos externos (Chemama, 1998). En la *26 Conferencia. La teoría de la libido y el narcisismo* (1916-17) Freud mantiene la postura de la imposibilidad de abordaje clínico de las psicosis por el método analítico; posición que mantuvo hasta el momento último de elaboración teórica (Freud, 1916-1917).

²² Para mayor información sobre el mecanismo defensivo en la histeria y la obsesión remitirse a (Manuscrito H. Paranoia., 1895/1992).

dependencia de su origen: interno o externo; en otras palabras, el paranoico desancla la función de juicio para desentender su Yo de la aceptación del reproche (Freud, 1895/1992).

Freud avanzado el manuscrito sostiene que “la idea delirante es sustentada con la misma energía con que el yo se defiende de alguna otra idea penosa insoportable. Así, *aman al delirio como a sí mismos*. He ahí el secreto” (Freud, 1895/1992, pág. 251). El aparente amor -especular y coartado, a su delirio evidencia: el esfuerzo (*Drang*) que se erige para sostenerlo como mecanismo, y aquel bajo el presupuesto de autoconservación que lo sostiene. La defensa en este punto se erige como una metáfora que devela el amor yoico per se (Freud, 1895/1992).

Un año posterior, en el *Manuscrito K* Freud analiza las neurosis de defensa²³. Aquellas se caracterizan por ser “aberraciones patológicas de estados afectivos psíquicos normales” (Freud, 1896/1992, pág. 260); en el caso de la *paranoia* por la *mortificación* y en la *amentia alucinatoria aguda* el *duelo*; además por presentar como condición la existencia de una vivencia de índole sexual en un periodo previo a la consecución de su madurez. Mencionado texto describe la *fórmula canónica* del desarrollo de una neurosis: I. La vivencia sexual prematura; II. La represión ante el surgir de la vivencia sexual prematura a razón de un evento que la despierta y la formación del síntoma primario; III. La consecución de un estado de defensa asemejado al de la salud sin la anulación del síntoma; IV. El retorno de las representaciones reprimidas, la batalla yoica ante aquellas y en su deriva la formación de síntomas secundarios, - la enfermedad en sí. Es la modalidad del retorno de lo reprimido y el manejo de la represión lo que permite la diferenciación de las neurosis de defensa (Freud, 1896/1992).

En esta medida en dependencia de la injerencia de la represión, ora en el afecto, ora en la representación, las modalidades del retorno son distintas. Para Freud, las primeras surgen como alucinaciones de voces, mientras las segundas como pensamientos o alucinaciones visuales o sensoriales. Sin embargo la manifestación del retorno yace desfigurado. Los recuerdos yacen sustituidos por imágenes análogas en un tiempo presente, mientras que las voces retornan el reproche como desfiguraciones en: el texto, el tono – amenazas – y referidas al síntoma

²³ Freud entiende a las neurosis de defensa bajo las presentes condiciones: la represión de recuerdos penosos; y la formación de síntomas figurados por la naturaleza del contenido reprimido (Freud, 1896/1991). Para más información sobre las neuropsicosis de defensa – histeria y obsesión - remitirse a (Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa, 1896/1991).

primario mas no a la vivencia sexual primaria. Secundariamente en el retorno de las formaciones sintomáticas desfiguradas la defensa fracasa y con aquello comienza la alteración del Yo; Freud explicitará que el cierre del proceso puede derivar en una melancolía o en una formación delirante protectora, donde el yo es reeditado por completo (Freud, 1896/1992).

Sin embargo, mencionadas dilucidaciones sobre la construcción sintomática de la paranoia, específicamente en base a la *proyección* como mecanismo central, toman un vuelco en 1910 con el análisis de caso de las *Memorias de un enfermo nervioso*²⁴, de Schreber. Freud descarta el referido mecanismo a partir de dos premisas: la ausencia de universalidad de aquella en todas las modalidades de la paranoia; y la presencia de dicho mecanismo en otras presentaciones clínicas ajenas y en sumo distintas a la mencionada. El impasse teórico previo deriva en la postulación de la represión y con ella la preponderancia del desarrollo libidinal, como operador sustitutivo al de la proyección como mecanismo para la formación sintomática (Freud, 1910/2015).

En consecuencia, yace imperativo para Freud (1910/2015) esclarecer la etiología y devenir mismo de la represión en son de un esclarecimiento de la modalidad clínica: se establece en un primer tiempo la *fijación* como un proceso pasivo de inhibición del desarrollo de la pulsión o del componente pulsional que impide el recorrido previsto de aquella; en segunda instancia la *represión* en sí, ejercida desde el Yo como un proceso activo, ante el cual sucumben los retoños psíquicos de pulsiones o componentes pulsionales coartados en su desarrollo; y en último momento el *retorno de lo reprimido*, el fracaso de la represión como tal, que deriva en una regresión libidinal al estadio de fijación de la libido²⁵.

Ergo, es preciso que en la diversidad de momentos del desarrollo libidinal exista un tiempo preciso de organización pulsional que derive en la diferenciación de la paranoia de otras constelaciones psíquicas. Freud remite a *Tres ensayos de teoría sexual* de 1905 donde plantea al *narcisismo* como un estadio de desarrollo psicosexual entre el *autoerotismo* y la *elección de objeto* que posibilita la acentuación de la fijación y con ella la predisposición patológica a

²⁴ Las *Memorias de un enfermo nervioso*, en su original: *Denkwürdigkeiten eine Nervenkranken* de 1903 remiten a la producción textual y autobiográfica de Daniel Paul Schreber sobre el desencadenamiento de su psicosis.

²⁵ En *La represión*, artículo de *Trabajos sobre metapsicología* de 1915, Freud esclarece la operatividad secundaria de la represión como mecanismo de defensa; formula que aquella se sostiene bajo la noción de la separación originaria entre la actividad consciente e inconsciente que funda la represión primordial en el escenario edípico (Freud, 1915/2013).

“llevar todo cuanto provoque una corriente retrocedente de libido (regresión)” (Freud, 1910/2015, pág. 114) a mencionado tiempo de organización pulsional (Freud, 1910/2015).

Es así como el proceso regresivo y su causa, el desasimiento libidinal de los objetos por la represión - que en un momento se erigían en una lógica indefinida hacia las estructuras, se logran delimitar en la paranoia en tanto aquellos se remitan a una fijación libidinal en el narcisismo (Freud, 1910/2015). A diferencia de la paranoia, Freud – a partir de los trabajos de Abraham – estipula que el tiempo de fijación en la *dementia praecox* – esquizofrenia – yace en la fijación libidinal en el autoerotismo. En este punto Freud (1910/2015) esclarece que tanto el delirio en la paranoia y las alucinaciones en la esquizofrenia develan el intento fallido de restablecimiento de la libido a sus objetos.

En *Neurosis y psicosis* de 1924 Freud bajo el peso de la segunda tópica busca esclarecer la diferencia etiológica de referidas estructuras. Establece que “la neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior” (Freud, 1924/2014, pág. 155); empero la diferencia logra definirse a cabalidad en su escrito posterior *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis* del mismo año en el cual establece la existencia de dos pasos en la psicosis: el primero, la ruptura del vínculo que ata al yo y la realidad; y el segundo – semejante al de la neurosis – en la que la estructura busca reestablecer, resarcir la pérdida con una reedificación de la realidad a partir de huellas mnémicas, representaciones y juicios (Freud, 1924).

3.2 El objeto a: el delirio y la alucinación.

El dilema en la psicosis yace en su posicionamiento ante lo simbólico y su desmantelamiento consecuente en lo imaginario. Lacan retoma el *esquema L*:

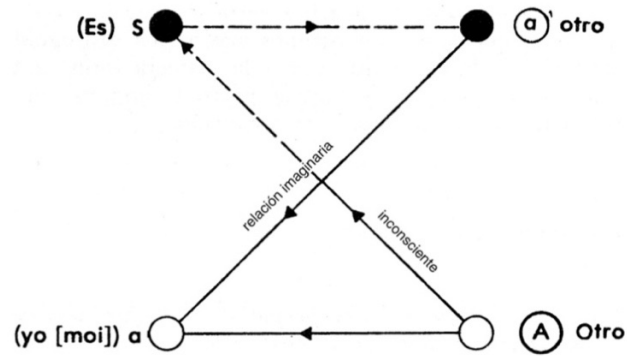


Ilustración 14: Esquema L (Lacan, 1956/2018, pág. 62)

En toda medida grafica una relación coartada entre S , el sujeto y A , el Otro, en la neurosis; la palabra escrita en el deseo como demanda yace interrumpida por la relación imaginaria en la ligazón especular entre a , yo (*moi*)– a' , el otro imaginario, el semblante. El movimiento que descifra el esquema devela la tertulia moebiana que mantiene el sujeto – en pretensión de arribar al Otro a partir del habla de su *yo* ante un *otro* que no es sino el reflejo de sí. La escritura del fantasma en este punto se esboza someramente en la barradura que implica el esquema (Lacan, 1955-1956/2020). En este punto, el drama en la psicosis estriba en el desmantelamiento imaginario y la preponderancia de ciertas instancias en el funcionamiento psíquico. El desbalance imaginario se presenta en la manifestación que el yo puede mantener en el discurso; la alucinación entre otros fenómenos permiten dilucidar ora la identificación plena del sujeto por el yo que toma la palabra, ora la instrumentalización del yo en la estructura (Lacan, 1955-1956/2020).

Los *fenómenos elementales* - que logran en esta medida instituirse bajo el presupuesto que “todo lo rehusado en el orden simbólico, en el sentido de la *Verwerfung*, reaparece en lo real” (Lacan, 1955-1956/2020, pág. 24) – no son sino la evidencia misma de la caída del sujeto ante una imposibilidad de posicionarse ante la simbolización. Aquellos fenómenos datan de la elaboración teórica de Clérambault²⁶ - en base a la *psicosis alucinatoria crónica*, quien propone el *automatismo mental* como un fenómeno particular de la psicosis previo al delirio, y característicos por ser, neutros, no sensoriales y anideicos²⁷ (Aguirre, 2010). Lacan se distancia

²⁶ Gaëtan Gatian De Clérambault (1872–1934) fue un psiquiatra francés reconocido por su abordaje de las psicosis, en especial por sus estudios sobre la erotomanía (Síndrome de Clérambault) y por su propuesta del automatismo mental como elemento fenomenológico de aquellas (Matilla, 2011).

²⁷ El tenor neutro remite a la ausencia de afecto, o a la mínima presencia de tono eufórico; el carácter no sensorial, entendido en psiquiatría en referencia a la ausencia estimular de los órganos sensoriales (Mazzuca, Fenómenos elementales, 2012); y el rasgo anideico en tanto no presenta una consecución de ideas; todos entendidos bajo sus estatuto mecánico de operación (Lacan, 1955-1956/2020).

de ciertos postulados de su mentor y de su visión mecanicista; adopta por otro lado la propuesta de Kraepelin²⁸ en desvincular las alucinaciones y los fenómenos de automatismo en la paranoia (Mazzuca, 2012).

Para Mazzuca (2012) los fenómenos elementales en la paranoia refieren no a su carácter significativo – mecánico, verbigracia: en perturbaciones sensorceptivas, sino en el registro del significado. La pérdida de validez de aquellos, su soltura en el entramado del discurso, sin la necesidad de su omisión, obliteración y sustitución se concatena con la forclusión del azar y/o causalidad. Vandermersch la propone en tanto el azar implica la posibilidad a la pluralidad, a la multivocidad misma de producción de significado por el movimiento significativo; y es específicamente por aquel más uno (+1) del azar, que en su ausencia, el *como si no* hubiese, deriva en su estatuto lógico a delimitar Una causa. Empero al estar aquella forcluida el dilema del paranoico se desembrolla en la infinidad de causas que alberga el Otro, a raíz de la ausencia de la causa misma de su deseo, de aquel *objeto a* que se presentifica metonímicamente en el origen mismo del juicio que no yace (Vandermersch, 2011/2013).

A pesar que la paranoia - u otra modalidad estructural en específico, no sea el objeto de presente estudio, su breve recorrido permite apuntalar el análisis al desbroce de la lógica del desencadenamiento en las psicosis. Remitirse al fenómeno elemental implica en el estatuto todo de la letra hablar sobre la materialidad del lenguaje; como si aquel fuese un entramado de líneas, curvas, estructuras que permiten la localización de ciertas edificaciones y convergencias. Dos coordenadas en específico permiten realizar su cartografía: la autorreferencia (*Eigenbeziehung*) y la certeza.

La metáfora paterna como operador sustitutivo del significativo materno permite el corte en la identificación del infante con el significado-todo que enuncia el falo imaginario; y con ello la dialéctica de la cadena entre significativo-significado (Lacan, 1957-1958/2010). Sin embargo, su ausencia en las psicosis, permite elucidar la esquizia y la fragilidad imaginaria que los sostiene y condensa. El *significante autónimo* en este punto designa el estatuto mismo de inutilidad e inoperancia dialéctica del significativo en su vertiente real; su remisión a otro - *heteronimia*, yace nula y hasta su modalidad sígnica coartada (Alomo, 2007).

²⁸ Emil Kraepelin (1856-1926) psiquiatra alemán reconocido por la reelaboración de la nosología psiquiátrica a partir del positivismo biomédico; contemporáneo a Freud y significativo detractor del psicoanálisis (Caponi & Martínez-Hernández, 2013).

Alomo (2007) aborda la *autonomía* del significante con la noción de *shifter*²⁹ propuesto por Jakobson³⁰, en tanto aquel remite a la posibilidad de designación del locus enunciativo del sujeto. Su funcionalidad en el desglose del discurso evidencia la detención, el corte y la puntuación previa del sujeto en aquel; en suma, la posibilidad de este en converger en un punto de la cadena, enunciar sobre sí. El meollo en la psicosis estriba en el orden autorreferencial que produce la ruptura de la cadena, y en el posicionamiento del sujeto en un significante-todo que no remite si no a sí mismo. En contraposición con Alomo, el *shifter* en las psicosis no yace ausente – aquel perdura en tanto la manifestación misma del significante todavía designa su locus de enunciación; es el bloqueo, la estasis libidinal del significante en la cadena, el que produce una enunciación vacía, una exclamación real del sujeto.

Y es aquella misma la que induce la vuelta del sujeto al anverso de la autorreferencialidad: a la certeza que se gesta como producto del choque del sujeto con una cadena rota. El sujeto en este punto surca un enigma, una pregunta sobre el significante hacia su significación díscola, una *x* en el orden simbólico a razón de su forclusión misma (Castro, 2019). Así, en la psicosis parece el sujeto encapsularse en un sentido sin objeto, orbita ante un cuerpo vacío sin otro que demarque un corte en su movimiento. Su caída en lo real lo ciega y lo trastoca como desecho del discurso.

En perspectiva, la certeza juega en dos tiempos: la *experiencia de certeza* y la *certeza en la formación sustitutiva*. La primera descrita anteriormente como el resbalón simbólico del sujeto en lo real; y la segunda en la construcción y neoformación de su realidad a partir de la aprehensión de sí en su significación cristalizada; en otras palabras: en la impenetrabilidad que rodea al saber, ora en su delirio, ora en su alucinación (Álvarez, 2007). La certeza así, no logra encajar en el orden de la falta, como lo hace la creencia - en tanto esta última designa un parche de la ausencia misma de certeza, una impugnación necesaria del sujeto en caber en el campo

²⁹ Término introducido por vez primera por Otto Jespersen y después reconceptualizado por Roman Jakobson (Fludernik, 1991). Para Jakobson (1971) el *shifter* mantiene dos estatutos propuestos por Peirce: su vertiente en cuanto símbolo (*symbol*), y su naturaleza en cuanto índice (*index*); el primero refiere a la representación de un objeto bajo una convención tácita, mientras que el segundo a la relación directa de un objeto con su representación. El *shifter* en suma porta dos funciones, ergo es considerado un símbolo indexical (*indexical symbols*). Su naturaleza semiótica yace en la referencia que mantiene el código ante el mensaje; es decir, su significado se produce, solo desde la referencialidad del sujeto que enuncia la palabra (Fludernik, 1991). Para más información véase *Shifters, verbal categories, and the Russian verb* de Jakobson.

³⁰ Roman Jakobson (1896-1982) fue un filólogo y lingüista estructuralista ruso conocido por sus aportes en incontables ramas de la lingüística y la semiótica (Percival, 2011).

de la fe. En este punto la fe en la psicosis no tiene cabida, el sujeto per se en su condición de certeza designa y es la posibilidad misma de la fe.

Asimismo, el fenómeno psicótico ruptura con el espacio-tiempo de la cadena, con el lazo discursivo que ata a todo ser hablante. Para Czermak (1986) Lacan grafica metafóricamente la caída en lo real como un *embudo temporal simultáneo* como aquel episodio donde el tropiezo topológico lleva al sujeto desde la falta a la verdad absoluta. El drama se escenifica - aparentemente - en dos coordenadas y dos actos: el tiempo anterior y posterior; y el descenso y subida.

El sujeto en este punto es desplazado y arrojado a un eclipse simultáneo con su posición; movimiento tal que lo permite revivificarse en un estatuto retrógrado en la cadena significativa, a la par que la actualidad, aquella fachada de la realidad se derrumba y recae en una aparente virtualidad; surge el sin-sentido que en la dialéctica de la cadena soldaba parcialmente la unidad del discurso. El descenso - aparente en su evidencia - explica el choque del sujeto con el impasse de la simbolización, con aquella ausencia que permite dialectizar un significante; mientras tanto, el ascenso - no tan explícito y claro en su posteridad, surge a la par de la concatenación del sujeto con el anclaje en la cadena y sus infinitas ramificaciones y formaciones (Czermak, 1986).

Es allí específicamente como se manifiesta y entreteje la psicosis y el lenguaje. En la esquiza de la cadena que arroja al sujeto como desecho per se. Mas que tener el *objeto a* en el bolsillo el sujeto deviene en la posición del *objeto a* en tanto resto (Esperanza, 2018). La suplencia del Nombre-del-Padre que en un punto resguardaba al sujeto de la ruptura del espejo cae, y con aquel, toda posibilidad de mantener una consistencia en el discurso; tanto la imagen real *i(a)* como el *objeto a* se bifurcan del marco simbólico que resguardaba el Otro (Czermak, 1986).

Anteriormente se dijo que la mirada es en sí una contingencia que en su evanescencia designa la falta constitutiva (Lacan, 1964/2010); así, en su remisión a la psicosis se establece que aquella evanescencia se muda al sujeto todo, a su locus de enunciación - su metamorfosis, en su anverso propiamente dicho. Para Lacan (1964/2010), la pregunta de Chuang-tzú de ser o no una mariposa que sueña que es él, deriva en la confirmación de Chuang-tzú en tanto Chuang-tzú per se. El argumento de Chuang-tzú presenta dos preceptos: el no identificarse con la

mariposa en su sueño, y en la incertidumbre a la respuesta misma de si es o no. Lejos de asentir en la identificación de Chuang-tzú al rasgo unario, su retórica nos vale en tanto es el opuesto mismo del posicionamiento en la psicosis. El *eso muestra* de su sueño se transporta al locus enunciativo del psicótico - en este punto mirada y voz se acoplan – para *dar a ver el decir* del Otro que cae entificado en la palabra no-interdicta de aquel.

En este punto el sujeto yace suspendido y vaciado, a merced de la entificación misma de los pulsiones parciales. La mirada ubica al sujeto en el *cero*, en la obnubilación que ejerce el ocelo para con el espectador, así, aquel mismo logra materializarse como el objeto perdido, la falta del deseo per se; como aquella *mancha* que en un tiempo designaba al deseo del Otro, *eso que muestra* se vuelca para *mostrar* en toda su cabalidad – y en el estatuto de una cadena rota, al sujeto como des-echo. El deseo en este punto se disloca y devela su naturaleza de no-ser; la certeza e incertidumbre que arroja el fenómeno elemental evidencia el punto mítico e inasible del encuentro del sujeto psicótico con el impasse del deseo, ya que aquel no *ex-siste* en tanto haya un objeto al cual apuntalarse.

La voz, por otro lado, en tanto portadora del decir del Otro, se disloca y enmarca para presentificarse en parcialidades, en rastros que invocan un sentido a una Significación. La mirada y la voz se adscriben a la condición parcial y real del sujeto en el embudo temporal que lo enmarca. Si “*la voz comanda a la mirada*” (Czermak, 1986, pág. 125) es porque el sonido del *shofar* articula la caída del sujeto al Significado que en un tiempo la mirada representó como falta.

El estatuto de ambas pulsiones devela una infinidad de representaciones en tanto sujetos y vías de resolución yazcan. Sin embargo, las coordenadas de la pulsión escópica e invocante – en su núcleo: la simbolización de la falta y la reconducción del *decir*, logran adscribirse a dos tiempos que Freud describió: la caída del sujeto y su intento de resarcimiento. El episodio, su brote en esencia yace inasible ya que la interpenetración con otro registro lo imputa a anudarse; el fenómeno elemental se adscribe al sostén que lo mantiene y en conjugación con el acervo mnémico del sujeto se apuntala a un sentido. Aquel, como segundo tiempo, esboza lo que será la metáfora-delirante/alucinatoria como intento de vinculación de la cadena significante (Leibson, 2012).

Sus vicisitudes en el esquema óptico son múltiples a razón de las incontables organizaciones pulsionales y desencadenamientos en la topología misma de dicho campo; sin embargo dos estatutos prevalecen: la no-extracción del *objeto a* del campo del Otro, y con esto el desborde de goce de aquel. Y con ello, si el goce se comprende como aquella sustancia que hace del cuerpo – y de un sujeto en tanto todo cuerpo hable de este - un objeto de mortificación, su vaciado a partir del encuentro con el Otro es imperativo para la posibilidad misma de emergencia de alguien que hable. El choque con *lalengua*³¹ impugna en interdicción a la evacuación del goce; los primeros significantes logran incrustarse, sin embargo es Uno el que recorta el estatuto mismo del sujeto con su materialidad real (Fernández, 2017).

La metáfora paterna en tanto función permite el agujereamiento del Otro, la intro-misión de la falta en el campo del lenguaje que permite el desencadenamiento del vaciamiento de sentido, el recorte de la identificación al falo imaginario. En su deriva – como anteriormente dicho – nace el *objeto a* del recorte del más allá de la madre. Así, una de las funciones de dicho objeto – cuyo designo de objeto yace en la paradoja más grande – funge en el vaciado y taponamiento de aquella sustancia que puede – como no - cruzarse en los intersticios del interdicto (Misrahi, 2016).

El estatuto, la función de *plus de gozar* del *objeto a* se consolida a partir del preludeo donde el todo-gozar del goce se pierde a partir del encuentro organismo-Lenguaje. Su operación estriba en la comprensión de sí en un orden que permita su proliferación; es decir, que la renuncia-pérdida de goce no es en sí total, al contrario, crea un nuevo estatuto que en segunda instancia logra remitirse a esta en un discurso que lo enmarca. El plus de gozar es entonces aquella función que remite a la positivación misma de un negativo (Camaly, 2008).

Interesante es, entonces, el vínculo *objeto a* y *plus de goce*. El primero logra instituirse como el producto de la pérdida, mientras el segundo intenta restituir la pérdida con el encause per se (Camaly, 2008). Sin embargo, mencionado recorrido se sostiene en tanto la metáfora paterna haya sido afirmada (*Bejahung*); en el caso de la psicosis el estatuto, tanto del *objeto a* como del *plus de goce* es de un orden totalmente distinto (Yosifides & De Bortoli, 2005).

³¹ En francés: *Lalangue*, refiere al neologismo lacaniano que remite al estatuto en bruto de la cadena significante; yace como la matriz, la materialidad primordial de lo simbólico que se inscribe a partir de la figura primaria. Lacan lo define como un enjambre de S1's, un conjunto de disyunciones sueltas y desancladas; granulaciones de lo simbólico en su estado primario (Godoy, 2016).

Si “las relaciones del goce con el significante son de exclusión” (Yosifides & De Bortoli, 2005, pág. 127) en tanto el segundo cercena la naturaleza misma del primero, en la psicosis el sujeto yace parcialmente excluido del orden del lenguaje, a razón de su única inscripción primaria y de su forclusión al Nombre-del-Padre. El *objeto a* como función de *plus de goce* en la psicosis marca un impasse en los formulados lógicos de la estructura. En tanto no existe extracción del *objeto a* per se, la renuncia-pérdida del goce del Otro no encuentra cabida; ergo, la función de plus de goce como restitución de aquella no podría ser adjudicada.

Y es en este marco en el cual se adscriben los fenómenos elementales; en tanto fungen como un intento ilusorio de restitución del objeto que se perdió. El actuar del delirio y la alucinación no yace sino en un trasfondo de goce, en un real que busca concatenar un S1 y S2. La mirada y la voz en este punto toman partida, tanto en el momento de desencadenamiento de la estructura, en la *locura razonante* misma del delirio y en el *objeto sin objeto* de la alucinación, como en el estatuto de asimiento del sujeto con aquellos.

3.3 El *sinthome*: entre el nudo y la re-escritura como metáfora del sujeto.

La etimología de *sinthome*³² data su origen del vocablo griego *σύμπτωμα* (*symptoma*) en cuyo desbroce yacen: *σύν* (*syn*), *πίπτω* (*pipto*) y *μα* (*ma*); el primero, una proposición: *con*, el segundo verbo: *caer*, y el tercero un sufijo: *resultado* (Berger, 2012). Hasta este punto la palabra parece esbozar un sentido - no tan claro, o por lo menos no preciso en cuanto al sujeto a quién atañe; ergo, es preciso añadir su contraparte que condensa tanto proposición, verbo y sufijo: el sustantivo *πτωμα* (*ptoma*) que designa *cadáver*, *ruina* y *desecho* (Corominas, 1987). Su estatuto de *resto* se conjuga con el acto que *caer* devela; su origen mismo parece impregnar la posibilidad misma de desglosar el psicoanálisis todo del argumento que extrae.

Caer, implica la ejecución de un acto pasivo – e incluso uno tácito y previo a aquel - en la que existe una *co*-incidencia, una repercusión, ora en el sujeto, que lo ubica como *resto*, ora en *algo* de aquel que restituye su posición como *desecho*. Existen entonces dos tiempos y actos: la del Uno de la unificación y el desecho del recorte que describen el nacimiento mítico del sujeto, en tanto resultado de aquel sentimiento oceánico (*ozeanisches Gefühl*) freudiano; y el segundo, el de aquella formación y edificación que resulta del impasse del sujeto a no ser el

³² Referido término data en el origen etimológico de *sintom* (síntoma) en francés.

Todo. En este punto el síntoma – y en omisión de su sentido en tanto formación sustitutiva - designa, en su operación per se en la estructura, la condición del sujeto en tanto cercenado.

A pesar que el *síntoma* en sí no sea un objeto central en el presente estudio es preciso plantear un breve recorrido de aquel en la historia del psicoanálisis, para así poder diferenciarlo del *sinthome*. Para Berger (2012) el síntoma en psicoanálisis presenta dos momentos: su origen en la elaboración freudiana en tanto mensaje del inconsciente; y la segunda, el abordaje lacaniano que a su vez se divide en dos momentos. A partir de la clínica con la histeria Freud teoriza el síntoma en tanto aquel es “aceptado como un mensaje por descifrar, como una palabra cifrada que hace de escucharse en su dimensión de verdad” (Berger, 2012, pág. 95); el síntoma freudiano bajo esta medida es el resultado mismo del choque pulsional desde lo inconsciente y el esfuerzo de caza comandado desde el yo, que se edifica como una condensación que sustituye una satisfacción coartada (Freud, 1926/2016).

La lectura de Schejtman (2012) postula dos momentos de elaboración teórico-clínica en el psicoanálisis lacaniano. Su primer tiempo remonta a *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* de 1953 donde se encuentra al síntoma como “el significante de un significado reprimido de la conciencia del sujeto. Símbolo escrito sobre la arena de la carne (...) una palabra de ejercicio pleno, porque incluye el discurso del otro en el secreto de su cifra” (Lacan, 1953/2018, pág. 271). Su acepción recubre en su lenguaje la definición freudiana sobre el sentido reprimido y la arqueología misma que implica descubrirlo en el entretejido del discurso. En su camino teórico al *síntoma-metáfora* es añadida su contraparte: alberga un acervo sobre un trauma sexual (Schejtman, 2012).

Su segundo estatuto refiere, en contraposición al *síntoma-metáfora*, al *síntoma-letra*, es decir, a su estatuto de goce (Schejtman, 2012). Lacan comprende al síntoma en tanto formación adscrita a la fenomenología misma de la estructura, al sujeto entramado en el movimiento dialéctico de los tres registros. Para aquel el síntoma se diferencia del *acting-out* en tanto su naturaleza no estriba en un direccionamiento a la interpretación, a una búsqueda que devele su esencia bajo la mirada – en el sentido sartreano del término - del Otro (Lacan, 1962 - 1963/2020). Para Lacan (1962 - 1963/2020) “el síntoma, en su naturaleza, es goce, (...) goce revestido, sin duda *untergebliebene Befriedigung*, no los necesita a ustedes como el *acting-out*, se basta a sí mismo (Lacan, 1962 - 1963/2020, pág. 139). Así, el síntoma y su re-petición

designa el estatuto y modalidad misma de cómo el sujeto se conjuga con su goce (Berger, 2012).

Sin embargo el *sinthome*, como propuesta y elaboración teórica se divorcia total o parcialmente de su etimología. Es en sí una de aquellas invenciones necesarias del psicoanálisis que permite establecer la coherencia de la clínica y la teoría. En cuanto a su condición en el lenguaje, es de por sí un fragmento arcaico del habla, un rastro etimológico de *síntoma* como tal; y es en su manipulación morfológica y fonética donde Lacan inserta el sentido para su apuntalamiento en la estructura. Para Berger (2012) este supone un *equivoco translinguístico*: en francés su homofonía deriva en el *hombre santo*, en inglés, en *pecado y casa*, y en alemán en *sentido*, mientras en español persiste su previa acepción.

El *sinthome* – a pesar de su semejanza fonética – no mantiene parentesco conceptual con el síntoma; ambos se bifurcan tajantemente en su naturaleza. Lacan, de hecho parte de “la topología algebraica que estudia (...) cómo colocar un espacio topológico en otro” (Ortega, 2013, pág. 121) y la conjuga con sus propuestas previas sobre los tres registros: simbólico, imaginario y real - bajo el análisis de caso de Joyce³³, para hacer consistir referido concepto en la clínica misma que impugna por su emergencia. El nudo borromeo para Ortega (2013) “es topológicamente una cadena que enlaza tres consistencias heterogéneas” (pág. 121); aquel se lo grafica así:

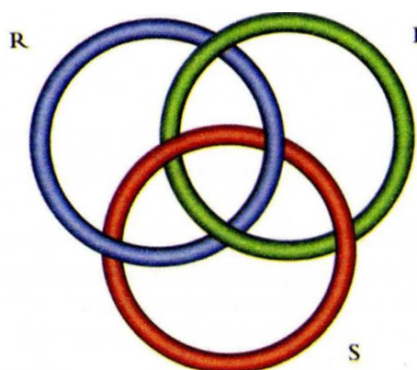


Ilustración 15: El nudo borromeo (Lacan, 1975-1976/2006, pág. 20).

³³ James Joyce (1882-1941) fue un escritor nacido en Dublín, Irlanda conocido por la escritura de *Ulises* y *Finnegans Wake* entre otros textos (Curiel, 2016). Lacan (1975-1976/2006) aborda la construcción teórico-clínica del *sinthome* a partir del análisis de la vida y obra de Joyce bajo el presupuesto de su estructura psicótica. Las palabras impuestas y el asentimiento de la telepatía de su hija Lucía develan, para Lacan, la prolongación del síntoma (Lacan, 1975-1976/2006).

Aquellas cadenas son *S*: lo simbólico, *I*: lo imaginario e *R*: lo real; conforman en sí una cadena, un enlace que las constriñe en una relación en extremo íntima. Y es de hecho, la libertad de desencadenamiento que comprenden dos registros de uno, lo que define a la cadena como tal; es decir que su juntura no persiste en tanto los tres se mantengan entrelazados (Lacan, 1975-1976/2006). Para Lacan (Lacan, 1975-1976/2006) el encadenamiento de los registros fundamenta: la *consistencia* en lo imaginario, el *agujero fundamental* en lo simbólico y la *ex-sistencia* en lo real.

La primera remite a la coagulación, a la totalidad que sostiene al sujeto, a su cuerpo, a su discurso; el segundo, a la inserción del re-corte, de la falta inherente al lenguaje; y el tercero a la sistencia – neologismo lacaniano que condensa la cualidad misma del ser-estar como ente dis-locado del lenguaje, en otras palabras, el estatuto inefable del Todo. Lacan describe que en su encadenamiento “los otros dos le resisten (...) solo tiene ex-sistencia si encuentra el freno de lo simbólico y de lo imaginario” (Lacan, 1975-1976/2006, pág. 50).

A pesar de la aparente armonía que emana de los tres registros, la cadena no yace exenta de deslindes, solturas, en otras palabras: de lapsus que acontezcan a su estructura toda. Y no es sino la clínica de la psicosis la que evidencia a flor de piel las vicisitudes que el (des)encadenamiento contrae. Profundizar en aquel es entonces necesario para el abordaje de la estructura y su cura.

Previo al posicionamiento del sinthome en la cadena es imperativa una sucesión de pasos que lo justifique. El *nudo trébol* - el más simple según Schejtman - sirve para ejemplificar dicha lógica:

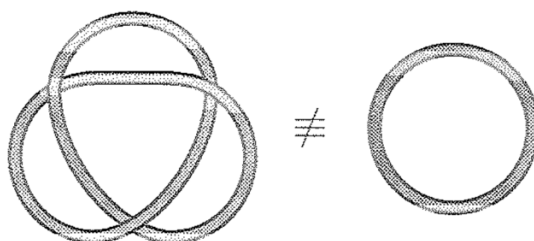


Ilustración 16: Nudo trébol y nudo trivial (Schejtman, 2012, pág. 210).

A lado izquierdo yace el *nudo trébol*, con sus inherentes lógicas espaciales, y a su derecha, el *nudo trivial*. A diferencia del segundo, el primero presenta tres puntos de cruce, de hecho,

presenta puntos de cruce en sí, que a pesar de su manipulación, estiramiento u contracción permanecen. En suma, totalmente diferentes salvo por compartir la misma naturaleza: ser un nudo (Schejtman, 2012). Sin embargo, el nudo trébol no se salva de devenir trivial, y es ahí donde insertamos nuestra mirada.

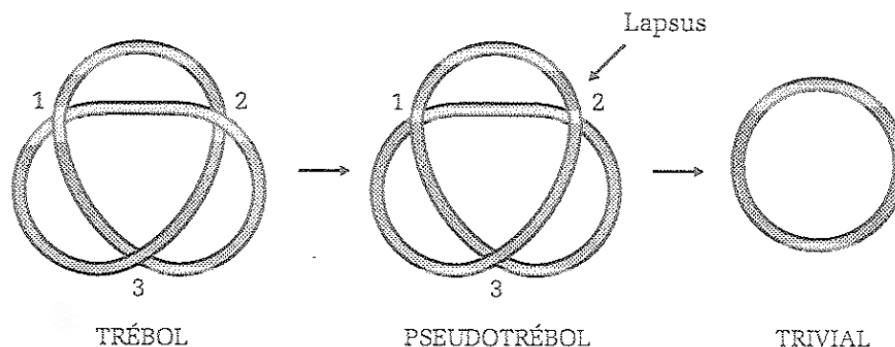


Ilustración 17: Desanudamiento de nudo trébol a trivial (Schejtman, 2012, pág. 210).

El gráfico plasma el devenir de un *nudo trébol* en *trivial*; es el segundo tiempo el que nos atañe. Aquel presenta un error, un lapsus en uno de sus cruces – específicamente en el segundo, que provoca que la sección del filamento que yacía debajo se ubique sobre el de atrás; tanto el cruce – aparente - 1 y 2 mantienen la misma posición, su resultado: un *nudo trivial*, un lapsus en el anudamiento, pues su error deriva de su pérdida topológica previa (Schejtman, 2012).

La lógica de los presentes esquemas permite dilucidar el desencadenamiento de la estructura; si de analogías tratara podría emparentarse con el *embudo temporal* en el cual el psicótico cae, con su verdad inefable, con aquel sentido que no puede extraer de la certeza de su voz y mirada. La elaboración del sinthome calza en este punto como un rompecabezas, como un comodín, capaz, que evita el desbarataje del nudo. Podría decirse del segundo tiempo freudiano de restitución de la estructura. El sinthome aparece en la escena así:

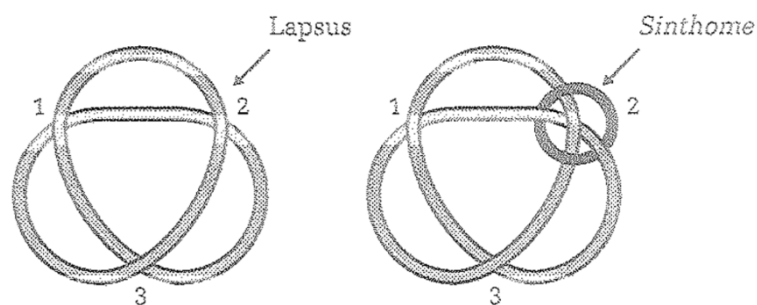


Ilustración 18: Lapsus del nudo (Schejtman, 2012, pág. 211).

El sinthome se inserta por ende para suplir el lapsus de la estructura. Sin embargo aquella ya no es la misma: el *nudo trébol* ya no es más un nudo, sino una *cadena*. Cadena en tanto se entienda que hay dos estructuras que se enlazan (Schejtman, 2012). Y además de entender que estructuralmente hayan permutado, la suplencia del *sinthome* no establece el estatuto previo al soporte. Parece gratuita su inserción, tanto como acto como por su empalme en el punto exacto, en el corte donde sucedió el lapsus; aquello deriva imperativamente a esclarecer que tanto la inserción y su coincidencia en el lugar no es categórica (Lacan, 1975-1976/2006). Por razones de delimitación no se abordarán las repercusiones del anudamiento *sinthomatico* en puntos de corte donde el lapsus no haya fungido.

En el campo de las psicosis el anudamiento no es borromeo, a diferencia de las neurosis en las que sí es - por el lado de la perversión en el momento de teorización el estatuto del sinthome yacía incierto. Aquello resulta en las diversas formas de desencadenamiento de los registros y en las múltiples manifestaciones estructurales que comprenden las interpenetraciones en aquellos³⁴ (Lacan, 1975-1976/2006).

El dilema en la psicosis yace en la forclusión del Nombre-del-Padre y en la predisposición de la estructura al desencadenamiento, a diferencia del de la neurosis donde la metáfora paterna es asimilada y sostiene la estructura. El deslinde del nudo implica un encuentro ante una

³⁴ Tanto para, Mazzuca Schejtman y Zlotnik existen diferentes estatutos del desencadenamiento en las psicosis; aquellos proponen a la *esquizofrenia* como la interpenetración entre lo simbólico y lo real con el deslinde de lo imaginario; a las *parafrenias* como el deslinde de lo real y la interpenetración de lo simbólico e imaginario; a las *psicosis maniaco-depresivas*, la *manía* y la *melancolía* como el deslinde de lo simbólico y la interpenetración de lo imaginario y lo real; mientras que la *paranoia* comprendería la condensación de los registros en una única consistencia indiferenciada de sí (Schejtman, 2012). La profundización en mencionadas modalidades estructurales desbordaría el objeto de estudio, su mención es necesaria, empero su abordaje será priorizado en posteriores investigaciones.

simbolización y un póstumo impasse a su elaboración. Ergo, es precisa la inserción de un cuarto nudo que funja como sostén de la cadena per se. Lacan introduce el *sinthome* en el nudo desencadenado:

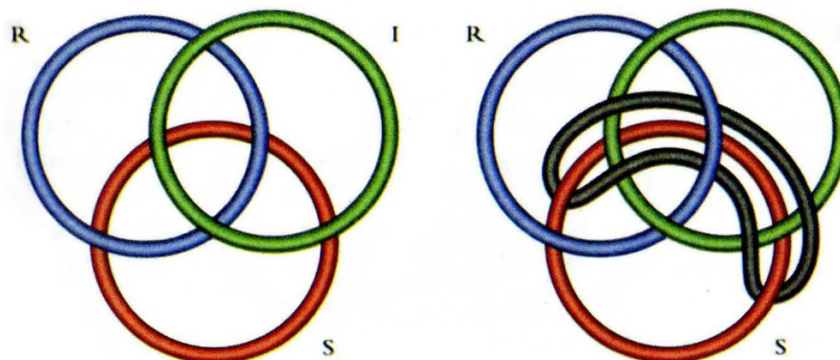


Ilustración 19: Los tres anillos separados, después unidos por el *sinthome*, el cuarto (Lacan, 1975-1976/2006, pág. 21)

De lado izquierdo yacen los tres registros totalmente desencadenados entre sí. Su desencadenamiento data de dos lapsus que derivan en la falta de interpenetración de registros. Su contrapuesto del costado derecho evidencia el encadenamiento de los tres registros y en la formación de una cadena de cuatro. Es evidente que tanto simbólico, imaginario y real aun así no yacen interpenetrados sin embargo se mantienen sostenidos por el *sinthome* (Lacan, 1975-1976/2006). Lacan retoma el caso de Joyce en el cual evidencia la forclusión del significante Nombre-del-Padre; su arte constituye la suplencia a la falta de injerencia del Nombre, aquel logra construir un *sinthome*, su *ego*, a través del “destrozar, descomponer esa palabra que va a ser escrita -, hasta tal punto que termina disolviendo el lenguaje mismo” (Lacan, 1975-1976/2006, pág. 94).

Si Joyce quiere ser analizado por la academia en los próximos 300 años – al parecer como un tal Lacan también - es porque en su escritura yace él mismo, reflejo en tanto sostén de su estructura; su *sinthome* yace en la construcción de un Nombre. La mirada *sinthomada* de Joyce recae en la incisión ritmada y en la descomposición misma de la letra, que en el fondo de su *decir* yace el deseo mismo, su *objeto a* trastocado, para ser leído en el jugueteo mismo de la literatura. En toda medida Joyce crea su propia voz en la odisea de su escritura.

Conclusiones

- La mirada como *objeto a* refiere su naturaleza a la simbolización de la falta; y en tanto simbolización, a la envoltura de aquel vacío que es soportado por el lenguaje mismo. Su peculiaridad deriva en el sostén mismo del deseo, como una metáfora que brilla desde el evento mítico de la pérdida del objeto primordial. Es, por ende, una esquirra que en dependencia del anudamiento de los registros devela una lógica específica de la estructura.
- El *punto de angustia* yace solapado con el deseo en la pulsión escópica; en esta medida tanto el objeto donde se satisface, como el lugar donde el sujeto encuentra su *decir*, yacen diluidos en un punto único. Es ahí donde la mirada muestra un vacío, muestra la angustia referente al fenómeno de la castración en la neurosis.
- En referencia a la psicosis, la función de la mirada torna su esencia de vacío e intermitencia, al de materialización pura y concreta; aquello no puede remitirse sino a un encuentro *tychico*, en el cual el sujeto haría frente a un choque entre sí mismo y lo real - que en un punto yacían distanciados por la simbolización que representaba el *objeto a*. En el campo de los fenómenos elementales, la mirada surge a partir de una experiencia fallida de simbolización. Es decir, en la psicosis, el llamado de la Ley, de un posicionamiento ante el Otro, provoca el desencadenamiento de la estructura.
- La voz en tanto *objeto a* remite al sostén mismo del deseo. En otras palabras, yace como el canal, que en suma instancia, devela el *decir* del Otro. Reflejo yace así el sujeto ante su propia demanda, ante una invocación que designa indirectamente su propio lugar de enunciación en la neurosis.
- Si la pulsión invocante es aquella que designa el *decir* en el orden del sujeto, su aplicación en la psicosis se empareja con la caída de este mismo. La voz en la psicosis devela el desencadenamiento de los registros, y con esto, el desprendimiento de su *decir*, su lugar de enunciación yace suelto, a la par que su relación con el lazo social y su identificación al rasgo unario.

- El Complejo de Edipo deriva en dos vertientes moebianas manifiestas: en el posicionamiento discursivo que provoca ante las estructuras del parentesco, como del sujeto ante el lenguaje. El Nombre-del-Padre como metáfora ejerce su función al hacer del signo un significante, al establecer una polaridad en la cadena que permite la movilización y la dialéctica.
- La lectura del artículo *La Negación*, en especificidad sobre la *función del juicio*, abre la posibilidad a plantear dos mecanismos: un mecanismo secundario, la denegación, la cual versa en la cancelación afirmativa de un enunciado; y un mecanismo primario que devela la existencia o no, de un objeto. Aquel segundo refiere al proceso de constitución del yo-placer y yo-realidad bajo la injerencia del par placer-displacer; los objetos en esta medida sin introyectados o expulsados del yo no-yo en formación en la neurosis.
- En compaginación con mencionada coordenada constitutiva, es ejercida otra, originaria, que remite al proceso de afirmación (*Bejahung*) de la castración, de la sustitución metafórica del significante materno por el paterno; y la forclusión (*Verwerfung*) como la no formulación del nódulo de lo reprimido, el *como si no existiese* en lo simbólico en la psicosis.
- El rasgo unario sostiene la cadena y articula lo simbólico y lo real; con aquello, permite el apuntalamiento a la identificación bajo el presupuesto del sinsentido del significante. El Uno surge por la adscripción al movimiento de la cadena, y en esa dialéctica a la posibilidad de construcción de un sentido.
- Los orígenes del rasgo unario remontan al recorte que surge del cercenamiento del goce del Otro. Ante la pérdida del objeto, del Das Ding, este se renueva dialectizado en una huella a la cual el sujeto se identifica. El rasgo unario parte, entonces, de la afirmación (*Bejahung*) originaria de la inserción del símbolo. Logra posicionarse así el objeto causa de deseo para hacer de dicho recorte un móvil por la experiencia perdida.
- El fenómeno elemental refiere su surgir ante la imposibilidad de la simbolización y se materializa a través de la escisión de la cadena significante. Su manifestación brinda posibilidad de sostén a la estructura, un intento de anudamiento.

- La autorreferencialidad, como la experiencia de certeza en el fenómeno elemental evocan el carácter autonómico del significante. El locus enunciativo se mantiene, ya no de un sujeto en dialéctica, sino de uno estático que designa su posicionamiento desde una cadena rota.
- A diferencia de la neurosis, en la psicosis la certeza se ejerce y devela en la verdad materializada que designa una mirada comandada por una voz. Podría decirse que la duda es a la neurosis, lo que la certeza es a la psicosis. Tanto la autorreferencialidad como la certeza designan la posibilidad misma de la fe, la creencia, que agujerea el discurso neurótico, y llena en aparente completud al discurso en la psicosis.
- La relación plus de goce y objeto a en la psicosis parece una antonimia. La función plus de goce se instituye a partir de la metáfora paterna, por lo cual una operación del plus de gozar en una estructura donde la interdicción no ha tomado partida yace intrincada. Sin embargo, es en la suplencia del nombre-del-padre, verbigracia en alucinaciones o en delirios, donde podrían encontrarse atisbos de un recorte.

Recomendaciones

- A razón de la escasa producción entorno a la mirada y la voz es preciso enfocar la atención a la elaboración y análisis de mencionados objetos para ampliar el acervo, no solamente entorno a la psicosis, sino en sus aplicaciones teórico-clínicas en otros posicionamientos estructurales como la neurosis obsesiva, la histeria, la perversión, la melancolía neurótica y la fobia.
- Yace importante analizar las implicancias del texto *La Negación* para con la constitución psíquica entorno a la diferenciación de lo yóico y no-yóico; en especificidad sobre el juicio de afirmación o negación; como también sobre sus implicaciones frente al posicionamiento ante la castración.
- Se recomienda profundizar el análisis alrededor de la lógica del rasgo unario entorno a la forclusión con la psicosis y sus distintas modalidades pulsionales. Se abre un campo a dilucidar sobre la conjugación entre la Cosa (*Das Ding*), la castración y la identificación al rasgo per se.
- Es recomendable adentrarse en un análisis sobre la premisa que sustenta el hecho de que el sujeto se posicione o no en el *cono simbólico* ubicado en el *esquema de los dos espejos* de Lacan. Es importante mantener como coordenadas la injerencia de las funciones primarias, en tanto aquellas posibiliten un lugar para devenir simbólicamente.

Bibliografía

- Aguirre, J. (2010). Paranoia y fenómenos elementales. *Acta Académica*, 21 - 24.
- Albornoz, E. (1997). La esquizia del ojo y la mirada. *Acheronta*, 86 - 95.
- Alomo, M. (2007). Eigenbeziehung: fenómeno elemental y "autorreferencia de transferencia". *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 7, 87 - 105.
- Álvarez, J. (2007). La certeza como experiencia y como axioma. *Virtualia. Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana*, 1 - 11.
- Araceli, C. (2015). De la pulsión de muerte, el deseo, y la pulsión invocante. *Fuentes Humanísticas*, 25 - 40.
- Atlas, G. (2015). Touch me, know me: The enigma of erotic longing. *Psychoanalytic Psychology*, 32(1), 123 - 139.
- Barthes, R. (1989). Variaciones sobre la escritura. En R. Campa, *La escritura y la etimología del mundo* (págs. 10 - 78). Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Berger, F. (2012). Symptome...σύμπτωμα...sumptoma. *En el jardín de Freud*, 93 - 106.
- Bleichmar, S. (2014). *Las teorías sexuales en psicoanálisis: qué permanece de ellas en la práctica actual*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.
- Camaly, G. (2008). La apuesta de Lacan: el objeto a como plus de gozar. *Virtualia. Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana*, 1 - 6.
- Caponi, S., & Martínez-Hernández, Á. (2013). Kraepelin, el desafío clasificatorio y otros enredos anti-narrativos. *Scientiæ Studia*, 11(3), 467 - 489.
- Castro, K. (2019). La certeza en la paranoia. *Acta Académica*, 18 - 21.
- Chemama, R. (1998). *Diccionario del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Corominas, J. (1987). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Editorial Gredos, S. A.
- Curiel, F. (2016). *James Joyce, irlandés*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Czermak, M. (1986). *Estudios psicoanalíticos de las psicosis. Pasiones del objeto*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- De Neuter, P. (1996/2013). Funciones paternas y nacimientos del sujeto. En G. Naranjo, *Trayectorias* (1 ed., págs. 102 - 123). Cuenca: Rayuela Editores.
- Dolar, M. (2007). *¿Qué hay en una voz?* Buenos Aires: Manantial.
- Dor, J. (1989/1998). *El padre y su función en psicoanálisis*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión SAIC.

- Eco, U. (1985/2012). *De los espejos y otros ensayos*. Barcelona: Debolsillo.
- Esperanza, G. (2018). Las psicosis, clásicas y modernas. *Virtualia. Revista Digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana*, 1 - 7.
- Fernández, L. (2017). Cuerpo y superyó. La pulsión invocante como efecto del trauma de la lengua. *Anuario de Investigaciones*, XXIV, 111 - 116.
- Figueroa, M. (2008). La voz del delator. *Desde el Jardín de Freud.*, 75 - 88.
- Fludernik, M. (1991). Shifters and Deixis: Some reflections on Jakobson, Jespersen and reference. *Semiotica*, 86((3-4)), 193 - 230.
- Freud, S. (1886-1899/1992). Carta 52. En *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud*. (págs. 274 - 280). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1894/1991). Las neuropsicosis de defensa. Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias. En *Primeras publicaciones psicoanalíticas* (págs. 41 - 68). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1895/1992). Manuscrito H. Paranoia. En *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud*. (págs. 246 - 252). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1896/1991). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En *Primeras publicaciones psicoanalíticas* (págs. 157 - 184). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1896/1992). Manuscrito K. Las neurosis de defensa. En *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud*. (págs. 260 -269). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900/1991). *La interpretación de los sueños (segunda parte): sobre el sueño*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905/2015). La sexualidad infantil. En S. Freud, *Tres ensayos de teoría sexual* (págs. 87 - 126). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905/2015). *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1910/2015). *El presidente Schreber. Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1913/2015). *Tótem y tabú*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/2013). Introducción al narcisismo. En S. Freud, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. (págs. 65 - 98). Madrid: Amorrortu.

- Freud, S. (1915/1984). Pulsiones y destinos de pulsión. En F. Sigmund, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. (págs. 105 - 134). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/2013). La represión. En S. Freud, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. (págs. 135 - 152). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/2013). Trabajos sobre metapsicología. En S. Freud, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. (págs. 99 - 258). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916-1917). 26 Conferencia: La teoría de la libido y el narcicismo. En *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (págs. 375 - 391). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917). Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal. En S. Freud, *De la historia de una neurosis infantil (el "hombre de los lobos") y otras obras*. (págs. 113 - 123). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920/2015). *Más allá del principio de placer*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923/2015). *El yo y el ello*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924). La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis. En *El yo y el ello y otras obras*. (págs. 190 - 197). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924/2014). Neurosis y psicosis. En *El yo y el ello y otras obras*. (págs. 152 - 159). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925/1995). Die Verneinung. London: Gesammelte Werke.
- Freud, S. (1925/2014). La negación. En S. Freud, *El yo y el ello y otras obras* (págs. 253 - 257). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1926/2016). *Inhibición, síntoma y angustia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933/2016). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1940/1986). Doctrina de las pulsiones. En S. Freud, *Moisés y la religión monoteísta. Esquema del psicoanálisis y otras obras*. (págs. 146 - 189). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1940/1986). *Moisés y la religión monoteísta. Esquema del psicoanálisis y otras obras*. Madrid: Amorrortu.

- Freud, S. (1950(1895)/1986). Proyecto de psicología. En S. Freud, *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud* (págs. 323 - 359). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S., & Fließ, W. (1887-1904/1986). Melancolia. En S. Freud, & W. Fließ, *Cartas a Wilhelm Fließ* (págs. 97 - 106). Buenos Aires: Amorrortu.
- Godoy, C. (2012). La nevadura del significante. Clínica del detalle: fenómeno y estructura en la psicosis. En F. Schejtman, *Elaboraciones lacanianas sobre la psicosis*. (págs. 37 - 61). Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Godoy, C. (2016). Las resonancias de la lengua. *Acta Académica*, 306 - 308.
- Haddad, I. (2011). La función del rasgo unario. *Acta Académica*, 327 - 330.
- Haddad, I. (2014). La especificidad del concepto de rasgo unario a la altura del seminario IX, La identificación (1961-1962) de J. Lacan. Articulación y distinción entre el rasgo unario, el significante, la letra y el nombre propio. *Anuario de investigaciones*, XXI, 63 - 70.
- Hernández, L. (2018). Ecos de lo real en las psicosis: la mirada y la voz. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 142 - 165.
- Hyppolite, J. (1954). Comentario hablado sobre la Verneinung de Freud. En J. Lacan, *Escritos 2* (págs. 837 - 846). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Jakobson, R. (1971). Shifters, verbal categories, and the russian verb. En Anonymous, *Word and Language*. Berlin: De Gruyter Mouton.
- Klein, M. (1930). The importance of Symbol-Formation in the Development of the Ego. *International Journal of Psychoanalysis*(11), 24-39.
- Kozameh, G. (2011). El cine y el espectador que "mira". *Trama y Fondo*, 95 - 103.
- Lacan, J. (1949/2018). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En L. Jacques, *Escritos 1* (págs. 99 - 105). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (1953- 1954/ 1981). *Seminario 1: los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1953-1954/2020). *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.: Paidós.
- Lacan, J. (1953/2018). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En J. Lacan, *Escritos 1* (págs. 231 - 309). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Lacan, J. (1954/2002). Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud. En J. Lacan, *Escritos 1* (págs. 363 - 378). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

- Lacan, J. (1955-1956/2018). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En J. Lacan, *Escritos 2* (págs. 509 - 557). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Lacan, J. (1955-1956/2020). *Seminario III: Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1956/2018). El seminario sobre "La carta robada". En *Escritos 1* (págs. 23 - 69). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Lacan, J. (1957-1958/2010). *Seminario V: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1958-1959/2015). *Seminario VI: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1960/2018). Observación sobre el informe de Daniel Lagache: "Psicoanálisis y estructura de la personalidad". En J. Lacan, *Escritos 2* (págs. 617 - 651). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (1961/1962). *Seminario IX: La identificación*. Buenos Aires: Versión inédita.
- Lacan, J. (1962 - 1963/2020). *Seminario X: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964). Desmontaje de la pulsión. En J. Lacan, *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. (págs. 168 - 180). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964). La pulsión parcial y su circuito. En J. Lacan, *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. (págs. 181 - 193). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964/2010). *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1966/2018). El estadio del espejo como formador del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos 1* (págs. 99 - 105). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1975 - 1976/2006). *Seminario 23: El sinthome*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1975-1976/2006). *Seminario XXIII: el sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1980). Respuesta a una pregunta de Marcel Ritter (26/1/1975). En *Suplemento de las Notas de la Escuela Freudiana de Buenos Aires*. Buenos Aires.
- Laplanche, J. (1992/1996). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Le Gaufey, G. (2011). *El objeto a de Lacan*. México D.F.: Editorial Psicoanalítica de la Letra, A.C.
- Leibson, L. (2012). Alucinaciones, estructura y transferencia. En F. Schejtman, *Elaboraciones lacanianas sobre la psicosis* (págs. 111 - 116). Buenos Aires: Grama Ediciones.

- Lévi-strauss, C. (1962). *El totemismo en la actualidad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Levin, E. (2002). *La infancia en escena: constitución del sujeto y desarrollo psicomotor*. (1 ed.). Buenos Aires: Nueva Visión.
- López, M. (2008). La voz. *Desde el jardín de Freud*, 425 - 426.
- Lutereau, L. (2012). El objeto a como mirada: La "función cuadro". Lacan y la obra de arte en el Seminario 11. *Acta Académica*, 449 - 453.
- Machado, M. (2008). La función del objeto a y la lógica del análisis. *Affectio Societatis*, 1 - 2.
- Matilla, K. (2011). Gaëtan Gatian De Clérambault: Clérambault y la atomización de la alucinación. *Norte de salud mental*, IX(40), 99 - 106.
- Mazzuca, R. (2001). *Las psicosis. Fenómeno y estructura*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Mazzuca, R. (2012). Fenómenos elementales. En F. Schejtman, *Elaboraciones lacanianas sobre la psicosis*. (págs. 63 - 110). Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Merleau-Ponty, M. (1964/2010). *Lo visible y lo invisible*. Buenos Aires: Ediciones Buena Visión.
- Misrahi, C. (2010). El matema de la pulsión. *Acta Académica*, 340 - 342.
- Misrahi, C. (2016). La voz, de causa a plus de goce. *Acta Académica*, 520 - 522.
- Moreno, F. (2008). El pene voluntarioso: parcialidad de la pulsión genital. *Affectio Societatis*, 1 - 13.
- Muñoz, P. D. (27 de 06 de 2018). Goce y pulsión. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*(ISSN: 1515-3894), 15 - 25.
- Nominé, B. (2007). Une Voix s'incorpore. *Champ lacanien*, 61 - 68.
- Ortega, M. (2013). *El "sinthome" en las psicosis*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Pasternac, M. (1999). "Freud y Lacan" de Althusser un cuarto de siglo después. *Acheronta*, 6 - 35.
- Pellion, F. (2007). Categorías del goce. *Desde el Jardín de Freud*, 7, 43 - 54.
- Percival, K. (2011). Roman Jakobson and the birth of linguistic structuralism. *Sign System Studies*, 39(1), 236 - 262.
- Rabinovich, N. (2004). *Lagrimas de lo real. Un estudio sobre el goce*. Buenos Aires: Homo Sapiens Editores.
- Rabinovich, N. (2020). *El nombre del padre. Articulación entre la letra, la ley y el goce*. Buenos Aires: Homo Sapiens Editorial.

- Rodríguez, M. (2012). El sujeto a la intemperie. La cuestión del desamparo en Freud y en Lorca. *Norte de salud mental*, X(42), 37 - 47.
- Sastre de Blas, M. (2017). *El proceso simbólico y la construcción del sujeto, a partir de la relación adulto-niño. Desarrollo como revolución*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Sauval, M. (1996). El objeto a... ¿la "única" invención de Lacan? *Acheronta*, 1 - 11.
- Schejtman, F. (2012). Síntoma y sinthome. En F. Schejtman, *Elaboraciones lacanianas sobre la psicosis* (págs. 198 - 246). Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Surmani, F. (2016). La relación entre falo y angustia en los seminarios 4 y 10. *Acta Académica*, 754 - 757.
- Thibierge, S. (2004). Structure spéculaire des psychose. *Figures de la psychanalyse*, 2(10), 111-114.
- Thibierge, S. (2011). *Le nom, l'image, l'objet. Image du corps et reconnaissance*. Paris: Puf.
- Vandermersch, B. (2011/2013). Lógicas de las psicosis. En G. Naranjo, *Trayectorias* (1 ed., págs. 659 - 678). Quito: Rayuela Editores.
- Vinciguerra, R.-P. (2009). L'objet voix. *La Cause freudienne / Cairn*, 134 - 140.
- Winnicott, D. (1982/2005). Mirror-role of mother and family in child development. En *Playing and reality* (págs. 149 - 159). Abingdon: Routledge Classics.
- Yosifides, A., & De Bortoli, L. (2005). El goce: demonia del más allá. En R. Musicante, *De las pulsiones, del narcisismo y del goce*. (págs. 121 - 129). Córdoba: Editorial Brujas.